

*Hecro*

POR TIERRAS DE LEON

UNA EXCURSION

A LOS

PICOS DE EUROPA



IGNACIO M.<sup>A</sup> DE LASA



JT  
COM

EUROPA

+ 928569

C.



IGNACIO MARIA DE LASA

POR TIERRAS DE LEON

UNA EXCURSION A LOS

PICOS DE EUROPA

PROLOGO DE

DON JOSE DE LA SOTA

LA EDITORIAL VIZCAINA. — HENAO, NÚMERO 8. — BILBAO

1948

IGNACIO MARIA DE LASA

---

POR TIERRAS DE LEON

UNA EXCURSION A LOS

PICOS DE EUROPA

---

PRÓLOGO DE

DON JOSE DE LA SOTA

LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

1949

## P R E F A C I O

Agotada la primera edición del presente libro, cuya publicación, primero, en una serie de artículos, y, después, en un folleto primorosamente editado, corrió a cargo de los talleres tipográficos de EL DIARIO DE LEON, hoy mejorado y embellecido con magníficas ilustraciones, e impreso en los talleres de LA EDITORIAL VIZCAINA, sale a la luz la segunda edición, que esperamos merezca una grata acogida del público.

En su benevolencia, ya que no en otros méritos, y en el buen deseo con que fué escrito, fía y se ampara

EL AUTOR.



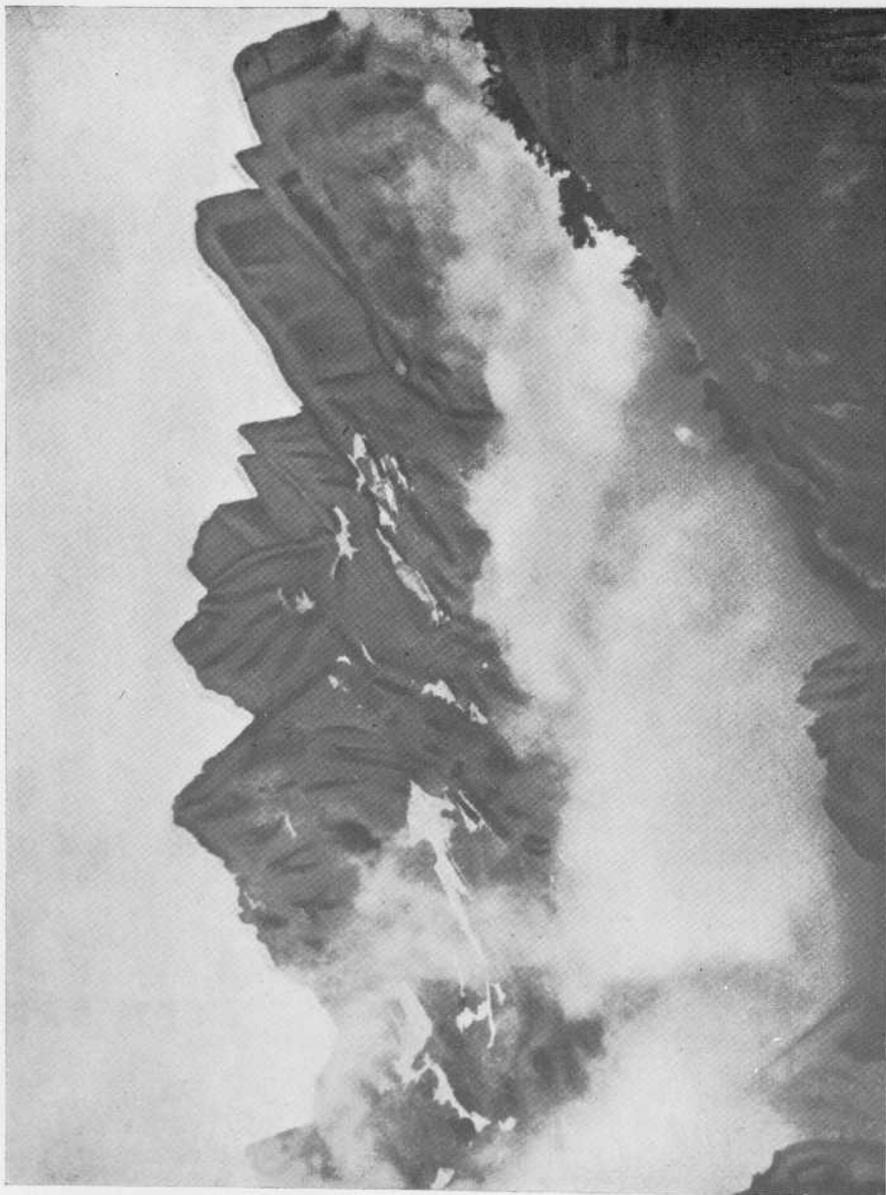
## DEDICATORIA:

*Jamás yo hubiera visitado los Picos de Europa, ni admirado sus extraordinarias bellezas, si un noble y generoso amigo, que encubre su nombre con el pseudónimo de "Guzmán", en sus trabajos periodísticos, de EL DIARIO DE LEON, no me hubiera dado ocasión para hacerlo.*

*¿A quién mejor que a él, que me lo inspiró, puedo dedicar el presente trabajo? Yo sé, porque es muy bueno, que habrá de aceptarlo.*

EL AUTOR





Los Picos de Europa en Valdeón



# DEL PROLOGUISTA AL QUE LEYERE

**E**N este libro, en estrecha alianza, van la Geografía, la Historia, las costumbres y el alma del pueblo, unidas inseparablemente a las rocas, a los ríos, a los valles, al oso, al lobo, al rebeco, al buey, al caballo, y al asno páciente que por désfiladeros difíciles transporta a sus lomos, sobrios y resistentes, al turista que llegado de vida muelle, observa para recoger y después sembrar, la suprema impresión de un paisaje, donde la Naturaleza volcó su aliento infinito de gracia y colorido y permanencia.

No silencia Basílicas ni Conventos, relicarios de inspiración que dan voz y luz reintegrando a Dios la admiración y el homenaje, el culto fervoroso y el reconocimiento. Habla de la producción del suelo y del subsuelo, sacando a la superficie el carbón y su industria y toda la riqueza; habla de pueblos y al hacerlo descubre horizontes y destaca eslabones del alma de la raza.

En una ocasión se dijo hablando de los trabajos de Cajal (por Matías Duval):—«Ahora la luz nos viene de España».

Este recio elogio de nuestra labor compensa de muchas penas; y en este libro, aquella contestación de la dama criolla al responder a su pregunta: «España es un país maravilloso», nos yergue de entusiasmo elevándonos a la dicha de los rumores de ensueño y al placer tonificante que da el canto de los ríos que surgen de los montes, para seguir la coordinación eterna de los grandes fenómenos de la Creación.

Esa lucha de los pueblos, de los Concejos, remontada a la fecha en que el canto del gallo habría de servir de cronometrador, es muy interesante y más que por otra razón, por lo de los polvos misteriosos y por la bruja que, buena equilibrista, cabalgaba sobre el palo de una escoba... Esta leyenda tiene sabor humano y retrata por ello la ambición en toda la línea.

También. yo, me hubiera sentido fascinado ante Llavarís con su famosa pradera. Cubierta de inteligentes yeguas y de ágiles potros de líneas que cortan el horizonte en siluetas de imponderable belleza y que saturados de amor se buscan entre sí movidos por el instinto de conservación, tan ausente en la vida humana, entendiéndose con una mirada, con un guiño de sus orejas, o un relincho en una fase de su gama fonética que eternamente son, para el rebaño una consigna. Casi no conocen el mal. Solamente saben defenderse. ¡Qué vida! ¡Cuánto enseñan!

Mueven la zumba alegres y contentos, no obstante haber sido para ellos factor perturbador, porque les ha quitado independencia y libertad y los ha aproximado al dominio del hombre que los apresa para su utilidad

*y provecho y esa pradera, además, fabrica silenciosamente carne, lana, pieles, leche... ¡Todo para el hombre...!, bajo una administración de «cuadriellas» de turno, lo que resulta admirable.*

*Las camperas, collados, puentes colgantes y Los Picos de Europa, resumen la majestad inherente a la Naturaleza. Y sobre tanto estupendo detalle se remonta el instinto y la astucia del burro que el autor remarca al haber captado la movilidad de sus pabellones auriculares atentos a la conversación de los interlocutores que sobre ellos cabalgaban en la pintoresca excursión.*

*El queso de Cabrales y la rústica vaca liebaniega, dan, por si solos, un significado sobresaliente a la industria pecuaria nacional.*

*Este libro realista y precioso, pintado de púrpuras para exaltar su verismo es insuperable.*

*Amigo, lector: si deseas gozar de las bellezas de la Naturaleza, y, aunque sólo sea con los ojos de la imaginación, contemplar los más bellos y espléndidos panoramas; los más sugestivos y encantadores paisajes, a la par que los más agrestes y pintorescos caminos, y, arrullado por las canciones rumorosas de los ríos, ascender hasta la cima de los Picos de Europa, donde legiones de ángeles resplandecientes entonan una maravillosa y gigante sinfonía; un himno grandioso de adoración y de homenaje al Creador, recorre los rincones de las montañas de León, que el autor en sus páginas te ofrece.*

*Ve con el autor, como lo ha hecho también, el prologuista.*

JOSE DE LA SOTA



NUESTRA  
SALIDA  
DE LEON





La Catedral de León.



CUANDO emprendemos la marcha con dirección a los Picos de Europa, en el autobús de la línea Riaño-León, que tiene su salida de esta capital a las nueve y media de la mañana, la histórica ciudad de los Guzmanes aparece envuelta en un halo o corona de luz.

Es la luz suave y dorada de la mañana que baña las torres de la Catedral y que finge, con sus diversas tonalidades, las más bellas filigranas y los más sutiles arabescos.

En el cielo, azul y límpido, que parece hecho de raso y de terciopelo, el disco solar brilla como una ascua de oro, y a través del ramaje de los árboles, que se perfilan en ambas márgenes del río Bernesga, como centinelas avanzados del antiguo y glorioso Reino de León, filtranse, tenues y pálidos, sedosos y acariciadores, irisados e inconsútiles, los primeros fulgores del naciente día...

León, a estas horas, se nos antoja como un hito de la Historia de España, esmaltada de luminosas cresterías y simbólicos monumentos de arte, entre los que destacan la Basílica de San Isidoro, de estilo

románico, y el convento de San Marcos, cuya pátina plateresca trae a nuestra memoria el recuerdo de los caballeros santiaguistas.

Percibimos el alegre canto de los pintados pajarillos y la canción monótona del río, cuyo eterno rumor ioh el encanto supremo del incesante murmullo de los ríos! ya no habrá de abandonarnos hasta el fin de nuestro viaje.

Es una tibia y dorada mañana del mes de agosto, en que el corazón, ávido de descanso, busca la soledad de las montañas y la altura de las sierras y la tranquilidad de los valles, para resarcirse de la atmósfera viciada de la ciudad, del aire infecto de los cafés y de las oficinas.

La carretera de segundo orden, serpentea, como una cinta blanca, a lo largo de la ribera del Esla, que comienza a mostrarnos la riqueza ubérrima de sus campos y viñedos, la fértil y risueña vega que la ha hecho famosa, tantas son sus espléndidas y magníficas cosechas, exultantes sembrados cuajados de hermosos y sazonados frutos.

¡Privilegiadas tierras de sembradura, de un ocre sangriento, rojas como el amaranto y la flor de carmesí de las mujeres españolas, que, exhiben, en sus rústicas y bermejas casas de adobe, y sus hidalgos y hospitalarios moradores, de costumbres sencillas y patriarcales, y bello espíritu de religiosidad, repletos los graneros, y poblados los establos de mansas vacas y sufridos bueyes, ganado cabrío, caballar y lanar, y exquisitos vinos y cereales y legumbres, garbanzos, hortalizas, lino y maíz, todo lo mejor, en fin, de la abundancia, que logrado con su sudor y su trabajo, ha hecho felices a estos habitantes de la ribera, y constituye una de las principales fuentes de riqueza de tan espléndido y codiciado país...!

Fué en esta ribera del Esla, donde antiguamente existió una Señoría, la de Rueda (Rueda del Almirante), que aún conserva, en lo más alto de un montículo, los restos de su antigua e histórica fortaleza.

Hacia el siglo XV, Rueda del Almirante, fué cabeza de una de las señorías que disfrutaban los Almirantes de Castilla, de los cuales tomó su nombre y aún es fácil para el turista y observador, contemplar, cómo, a unos tres kilómetros de esta villa, se levanta el templo mozárabe de San Miguel de Escalada, que es uno de los monumentos históricos más notables de la provincia.

Como la cinta de colores de un calidoscopio, van desfilando ante nuestros ojos los más bellos y pintorescos pueblos de la ribera:

Cubillas de Rueda, Herreros, Llamas, Quintanilla de Rueda, Sahechores, San Cipriano, Vega de Monasterio, Villapadierna, Gradefes, Vidanes, hasta llegar a Cistierna.

Al pasar por Vidanes, cruza por nuestras mentes el recuerdo del P. Isla, ilustre hijo de la provincia de León, cuyo nacimiento tuvo lugar aquí, y cuya obra titulada "Fray Gerundio de las Campazas", escrita para fustigar a los malos predicadores, tanta y tan gloriosa fama le dió, alcanzando la posteridad.

En la amplia plaza de Cistierna, y junto a los soportales del Municipio, vemos a una gitana que toca el pandero, implorando la caridad pública, mientras su hija, una gitanilla de rostro gracioso y moreno, como de unos once años de edad, se contorsiona bailando al son de este instrumento musical.

Al llegar a Crémenes, la multitud se agolpa en las calles, que aparecen ornadas de farolillos de colores y enguirnaldadas, con gallardetes y banderolas de todos los matices.

El pueblo, en fiesta, y vestido de gala, celebra un acontecimiento extraordinario. Un americano rico, hijo del pueblo, ha hecho un legado de medio millón de pesetas para la construcción de una iglesia parroquial, y sin hallarse terminadas las obras, sin que todavía se haya construído la torre, con sólo las paredes maestras, celébrase la boda de un hijo suyo, con una señorita de Madrid, ante un altar improvisado.

Cuando pasamos por Sabero, con sus importantes lavaderos de carbón y sus ricos yacimientos de hulla, un sol de mediodía dora las cumbres de sus altas montañas, y, pasado ya el pueblo de Las Salas, llegamos a Riaño a las dos de la tarde.



LA LLEGADA

A

RIAÑO

LA LLEGADA

A

RIÑO

A pesar de que el viaje ha sido espléndido, aunque un poco largo, ya que la distancia que separa a Riaño de León son 65 kilómetros y la carretera es de segundo orden, sentimos gran contento y alborozo al descender del autobús.

Tenemos verdaderos deseos de desentumecer nuestros miembros, y nos dirigimos carretera adelante para preguntar por un señor a quien venimos recomendados.

Este gran señor, que nos recibe con visibles muestras de alegría, es don José Posada y Posada.

Afable y cortés, deferentísimo, con esa hidalguía proverbial de los montañeses, nos invita a almorzar a su casa, colmándonos de atenciones y honores inmerecidos.

Nos dice que el tiempo urge, ya que el autobús que ha de llevarnos hasta el Puerto del Pontón, tiene su hora de salida a las tres de la tarde, y hay que asegurar los asientos, y además, esto es lo más importante, tenemos que avisar al "caserío" que está al fondo del Puerto del Pontón, para que nos preparen las caballerías.

Es Riaño una importantísima villa de la provincia de León, que limita al Norte con la provincia de Oviedo, al Noroeste con la de Santander, al Este con la de Palencia, al Sur con el partido judicial de Sahagún, y al Oeste, con el de La Vecilla.

Tiene una población de 35.000 habitantes, de hecho, y casi 40.000 de derecho, distribuída en 17 Municipios, que comprenden 33 villas, 79 lugares, 1 aldea, 5 caseríos y más de 500 edificios y albergues aislados.

Su territorio es bastante montañoso, sobre todo en el Norte, donde se levantan ingentes peñascos. Posee también llanos bien cultivados, en los que se produce principalmente trigo, legumbres y heno. Una de las principales fuentes de riqueza es la crería de ganado vacuno y caballar, siendo esta raza caballar muy estimada en toda España.

Riegan el partido numerosos ríos, entre ellos el Esla, que nace en el mismo, y después atraviesa la provincia de Nordeste a Suroeste.

Los riañeses nos dicen con orgullo que su pueblo es cabeza del partido judicial que lleva su nombre, y que corresponde a la diócesis de León, y que posee Telégrafo, Giro Postal y servicio de alumbrado eléctrico. La visión personal, objetiva, que nosotros tenemos de esta hermosa y magnífica tierra de Riaño, no puede ser más excelente. En su estupendo caserío se entremezclan las más modernas edificaciones con los estilos artísticos rudimentarios y originales de los más pintorescos y variados gustos.

El carácter de sus habitantes es sencillo, cordial, acogedor, y vése en todos ellos un especialísimo deseo de agradar a los visitantes, mostrándoles, obsequiosos, la magnificencia de sus campos y sembrados, la riqueza de su ganadería y la actividad comercial que preside la vida del país.

El autobús que ha de conducirnos hasta el puerto del Pontón, ha iniciado su marcha ascendente, y una doble hilera de chopos, que la bordean, nos brinda su grata sombra bienhechora.

Ante nuestros ojos desfilan los pueblos y paisajes más idílicos que imaginar puede la mente humana, recreándonos con la contemplación de abruptas montañas, murmurantes ríos, tranquilos valles y risueños y blancos caseríos.

Hacemos un alto en el camino al llegar a Vegacerneja, donde una familia de labradores, al ritmo acompasado de una yunta de perezosos bueyes, da vueltas, sobre el trillo, en la era, desgranando

las doradas espigas del trigo que ha de convertirse luego en exquisito y sabroso pan candeal.

Grupos de labriegos, apoyados sobre la manquera del arado, cuya corva reja va abriendo los surcos de la madre y piadosa tierra, secan el sudor que corre por sus tostadas frentes. Los bosques y brezales ofrecen todos los matices de la gama de oros viejos que esmaltan sus faldas y laderas, llenando nuestras almas de la dulce poesía de los valles y de la solemne y clásica grandeza de sus sublimes montañas.

En el aire, diáfano y transparente, y en el cielo azul, sobre cuyo fondo recórtanse las copas de los árboles, tienden sus alas, en majestuoso vuelo, los "quebranta-huesos", al olor de la carne muerta, oteando desde las cumbres los animales que han de devorar.

El autobús emprende de nuevo la marcha por la carretera polvorienta, en su ascenso al Puerto del Pontón, y, a lo lejos, óyense las voces de los pastores que apacientan sus rebaños, en las majadas, como una visión bíblica y patriarcal de los antiguos tiempos.

Acabamos de coronar la cumbre, entre dos enormes peñascos, en uno de los cuales, escrito sobre un indicador de carreteras, campea este sugestivo y bello nombre: "Puerto del Pontón".

PONTÓN



# EN EL PUERTO DEL PONTON

A...

...

...

...

...



**A**QUI descendemos del coche de línea, que continúa su viaje hasta los pueblos de Sajambre, situados en el extremo noreste de la provincia, al sur de los Picos de Europa.

La tarde, llena de oro y de luz, es sencillamente magnífica, espléndida, maravillosa.

Desde el Puerto del Pontón, situado a 1.393 metros sobre el nivel del mar, divisamos, allá, en la hondonada, el "caserío", lugar donde nos espera el correo, y desde el cual, provistos de caballerías, tenemos que emprender la marcha hacia Posada de Valdeón.

Dos muchachas jóvenes, animosas, resueltas, que vienen en nuestra compañía, Isabelita y América, esta última oriunda de Asturias, nacidas en el bello pueblecito de Los Llanos, inician el descenso por un sendero que serpentea sobre la falda de la montaña, hasta llegar al "caserío".

Seguimos sus pasos, hasta dar vista al "caserío", en cuyos umbrales somos acogidos cordialmente por sus moradores.

Nos sorprenden desagradablemente al decirnos que no hay caballerías, y que, si Dios no hace un milagro, tendremos que pasar allí la noche, hasta el día siguiente, en que después de haber avisado a los pueblos limítrofes, llegarán las caballerías, que han de transportarnos hasta Posada de Valdeón.

Pero el milagro se hace, y en lo más alto del camino que conduce a los valles de Valdeón, se dibujan las siluetas de tres caballerías, dos asnos y una yegua, que ascienden penosamente hasta el Puerto del Pontón.

Momentos después desciende hasta el caserío un matrimonio joven, formado por una distinguida dama, cubana, y un amabilísimo caballero leonés, nativo de estos valles, que ha venido de Cuba en avión, para visitar España, y no ha querido regresar a "La Perla de las Antillas" sin visitar los lugares queridos que le vieron nacer.

Nuestra entrevista con estos señores es emocionante.

Yo, dirigiéndome a la señora, la pregunto si le gusta España, y ella, muy amable y cortés, me responde:

—España es un país maravilloso, donde crece la flor de la hidalguía y la caballerosidad, y, donde, si yo no hubiera nacido en la Isla, me gustaría morir.

"Todo en España, señor —me dice, con ese gracioso ceceo propio de la mujer criolla y americana, acostumbrada a los mimos y a las caricias, con meloso acento que conmueve las fibras más íntimas de mi ser—, es lindísimo, maravilloso.

"Sus ciudades, sus paseos, sus jardines, sus edificaciones, sus museos, sus preciosos y artísticos monumentos, sus mujeres, sus paisajes, su cielo, que no tiene nada que envidiar al cielo de Cuba, la grandiosidad de sus montañas, que yo nunca había visto, su clima, variado y tropical en Andalucía, áspero y seco en Castilla, que acabamos de visitar, y, sobre todo, estos encantadores valles de Valdeón, donde naciera mi esposo, me gustan mucho y son deliciosísimos".

Su esposo la mira con ojos de agradecimiento, y, fijando su mirada en mí, me dice: "Es que mi esposa es muy buena —¿sabe?— y también sus abuelitos nacieron en España."

Siento la profunda emoción de España y América, vinculada por la Religión y por la Raza, unidas por los lazos de la lengua y de la sangre, y alumbradas por la Historia de la colonización y el descubrimiento...

Cuando beso su mano para despedirme, de mis labios brotan,

como un suspiro, las más ardientes y apasionadas palabras de homenaje y cariño a la República hermana: "Cuando lleguéis a Cuba, señora, haced presente a vuestros familiares y amigos, el gran afecto que los españoles sentimos hacia vuestra amada Patria".

Mientras tiene lugar esta escena, llega uno de los dos asnos, en cuya grupa monta una de las dos jóvenes amigas —Isabelita— que, acompañada, a pie, por América, emprende la marcha hacia los valles de Valdeón...

Yo, creyendo que no hay más cabalgaduras, me quedo desolado, hasta que aparecen la yegua y el asno que vienen desde el alto del Pontón.

En la yegua viene montado un seminarista, don Amado Pérez, natural de Prada de Valdeón que, muy amable y generosamente, me ofrece el asno, invitándome a cabalgar...

Ya estamos ascendiendo por el fondo del valle, entre las dos vertientes que separan los pueblos de Oseja de Sajambre, Valdeón y Valdeburón.

Nos arrulla la canción deliciosa, el rumor ensoñador de un cristalino y puro riachuelo que desciende, murmurador, de las montañas.

El viaje, con tan excelente compañía, durante los quince kilómetros que nos separan de Posada de Valdeón, promete ser entretenido y feliz...

Al pasar junto a los hayedos y robledales, parece que nos dicen adiós, con esa tristeza augusta y melancólica que ponen en sus voces los árboles cuando los agita el viento del atardecer.

Todo es poesía y amor en esta hora santa, en que, comulgando en el altar de la naturaleza, todos los seres, todas las cosas creadas, nos hablan de la munificencia y de la grandeza del Creador.

Llegamos a un bello lugar en que aparece un "Hito" o mojón, que constituye la línea divisoria que separa los dos valles de Valdeón y Valdeburón.

Existe una antiquísima y misteriosa leyenda, acerca de la partición de estos terrenos, que se disputaban los valles de Sajambre, Valdeón y Valdeburón y que, por lo curiosa e interesante, vamos a narrar.



## EL CANTO DEL GALLO Y LAS "MELECINAS Y BREVAJES" DE LA BRUJA

COMENZASE que, desde la independencia, los vecinos de las  
comarcas de las montañas, tenían entablado un pleito por la  
zona de las brujas y las melecinas del Pontón.

Para ventilar sus pretensiones, acudieron en 1884 al  
tribunal de la Real Audiencia de Sevilla, para que se les  
reconociera el derecho de propiedad sobre las montañas.

El Consejo de Real Audiencia, dictó de parte de la Real Audiencia  
una Real Cédula de 1884, en virtud de la cual se les reconoció  
el derecho de propiedad sobre las montañas de las brujas y  
melecinas, en virtud de lo que se acordó en el pleito, y en  
consecuencia, quedarían establecidos los límites de la  
propiedad de cada pueblo.

Esta Real Cédula de 1884, fue firmada por el Rey de España  
de las Yndias, para constancia del que así habiéndose acordado,  
se les reconociera el derecho de propiedad sobre las montañas  
de las brujas y melecinas, en virtud de lo que se acordó en el  
pleito.

Por lo tanto se acordó el día 2 de julio del año 1884.



CUENTASE que, desde tiempo inmemorial, los vecinos de los tres mencionados valles, tenían entablado un pleito por la posesión de los bosques y las majadas del Pontón.

Para ventilar tan espinosa cuestión, convinieron en partir el terreno en litigio, valiéndose de un procedimiento ingeniosísimo.

Un vecino de cada pueblo, debía de salir de la capital respectiva de su Concejo a determinada hora de la mañana, conviniéndose en que esta hora sería aquella en que cantara el gallo, y una vez que fuesen llegados a encontrarse, en aquel mismo sitio o lugar de su encuentro, quedarían establecidos los límites de la demarcación de cada pueblo.

Otros dos vecinos de cada Concejo vigilarían la hora de salida de sus rivales, para comprobar así que no había fraude ni engaño en los resultados de la prueba a que, de común acuerdo, se habían sometido.

Para esto se señaló el día 2 de julio del año 1286...

Es decir, que a falta de relojes, el canto del gallo habría de servir de fiel cronometrador.

Y aquí comienza lo verdaderamente interesante de la misteriosa y fantástica leyenda.

Habitaba en los desvanes de una antigua casa en ruinas, de Valdeón, que hacía mucho tiempo había sido abandonada por sus dueños, una vieja de esas llamadas brujas o duendes, que acostumbraba a salir todas las noches por la chimenea de la cocina, montada a horcajadas sobre una escoba...

Concedora esta bruja de la prueba a que iban a ser sometidos para la partición de los terrenos los vecinos de Valdeón, a medianoche, cuando todos dormían, salió sigilosamente de su escondite, para preparar las "melecinas y brevajes" con que ella haría cantar al gallo antes de la señal convenida, que era la hora en que naturalmente canta el gallo por razones de su acostumbrado despertar.

Para ello preparó una caldera con vino y azufre y lagartos y culebras, además de esos polvos misteriosos, amarillos, rojos y verdes, bajo cuyas llamaradas de colores suelen pronunciar los encantadores sus frases enigmáticas y abracadabranes, y la puso al fuego, y lo coció todo...

Una vez terminadas estas operaciones, la bruja, bailando siempre alrededor de las llamas, cogió al gallo y le hizo beber su "brevaje y melecina", emborrachándole con sus sortilegios, y siendo ésta la causa de que el gallo cantara mucho antes que los de Sajambre y Burón.

Así, el vecino de Valdeón encargado de la prueba, pudo salir el primero, con una ventaja de tiempo sobre los demás, que constituía un fraude de lo estipulado en el compromiso.

Salieron, pues, los partidores, como dice en "Cumbre histórica" el ilustre paisajista de costumbres e insigne polígrafo, don J. Mancebo Balbuena, a paso de hombres, sin trotar ni correr, vigilados por los vecinos de los otros valles, y como era de esperar, dado el ardid y la estratagema empleados por la bruja, el partidore de Valdeón llegó el primero al "Hito" o mojón que hoy divide los bosques y las majadas del Pontón, siendo, desde aquella fecha, de Valdeón todo hasta el hito, que está en la vertiente contraria al valle de donde salieron.

El sajambriego, que subía en madreñas, se detuvo en Verrunde a "comer una cuerna de leche", y llegó más tarde.

Todavía el seminarista que me acompaña y me sirve de guía, al contemplar cómo una brigada de obreros aserra los viejos troncos de los hayedales y los cargan en un camión, señalándome con la mano al Hito o mojón, me dice con acento entre iracundo y contristado por la pena: "Todo eso que están aserrando es nuestro, pertenece al valle de Valdeón..."

Involuntariamente me acuerdo de la leyenda de la bruja y de sus "melecinas y brevajés"...

Las umbrías colinas y los sonoros hayedales ponen una nota de melancolía en mi alma, que se siente embargada de la tristeza del seminarista.

El río —¡siempre el río!—, cuyo eterno rumor no habrá de abandonarnos hasta el fin de nuestro viaje, deslíe una canción monorrítmica y triste, que es como un lamento por la sensible pérdida de los hayedos.

Un pájaro raro, de vistoso plumaje, que canta entre las copas de los árboles, alza su vuelo a nuestro paso desplegando al viento el abanico de sus alas de colores...

"Es un "gallo", o por lo menos aquí así le llaman, me dice mi acompañante, al mismo tiempo que arrea a su cabalgadura. Vamos acercándonos a la pradería de Llavarís. El repecho de la cuesta se acentúa cada vez más, hasta que, en uno de los recodos del camino, aparece ante nuestros ojos una gran pradera, que causa nuestra admiración por lo enorme de sus proporciones.







**C**UANDO aparecemos en la pradería de Llavarís, fuertes y agudos relinchos atruenan el espacio, poblando el aire las voces de los animales que pastan libremente en esta hermosa campera.

Píngües y gordos potros y ágiles y hermosas yeguas, de preciosa estampa y maravillosa lámina, admirables en sus impecables líneas, con las cabezas levantadas y las orejas erguidas, al observar que nos acercamos con animales de su especie, portadores nuestros, relinchan de curiosidad y de placer.

Se saludan entre sí y trotan veloces hasta encontrar a sus compañeros, en una actitud de sorpresa y defensa.

Unos, mirándonos con fijeza, permanecen envalentonados, al paso que otros, alargando el trote, cruzan raudos, a galope, la campera, realizando diversas cabriolas y graciosísimas piruetas.

Destacándose entre todos, en una rápida y vertiginosa carrera, ha llegado hasta nosotros un potro de seis meses de edad, que mama ahora con avidez de la yegua que nos porta, mostrando su alegría y contento con sonoros y penetrantes relinchos.

En su rápida carrera le ha seguido otro potro, de su misma edad, que no se separa un instante de su lado. "Son amigos inseparables" —nos dice el correo—.

Mansas y pacientes vacas de melancólico mirar, van saliendo del monte, seguidas de sus juguetones terneros, y el bramido del ternero que busca a su madre para mamar, como un vagido tierno y lastimero, como un eco que repiten los valles, resuena en la montaña próxima...

Vista desde la altura en que nos encontramos, cautiva el ánimo del turista la contemplación de esta hermosísima pradería de Llavaris, la cual semeja un vasto y gigantesco anfiteatro, capaz de albergar a millares y millares de cabezas de ganado.

Hállase formada por las suaves laderas de una eminencia del terreno que se extiende a nuestros pies, en cuya parte más elevada, las hayas y robles y nogales, en amoroso maridaje, constituyen un tupido y espeso bosque.

Sus pastos son abundantísimos y el perenne verdor y la frescura de su brillante y nutritiva hierba, nos hacen pensar en esos países idílicos en que todo florece al compás de la vida de la naturaleza sin más jardinero que la mano providente de Dios.

Esta vasta y curiosa pradería está dividida en parcelas, o "cuadriellas" por mojones que separan, en cinco partes que corresponden a otros tantos pueblos, usufructuarios de estos pastizales, la riqueza de sus campos.

Túrnanse todos los años los vecinos de estos cinco pueblos para la siega de la hierba y se cambian las "cuadriellas", a los fines de aprovechar equitativamente los pastos que, una vez efectuada la siega, transportan a sus casas en rústicos carros.

Después de segada la hierba, los ganados aprovechan los residuos, que pastan ávidamente. Al alejarnos de la pradería de Llavaris, sobre la cual se ciernen tres aves rapaces que otean desde lo alto las profundidades del valle y del arroyo, sentimos una profunda nostalgia que nos habla de la libertad de los campos y de su paz y serenidad, donde los animales buscan su sustento, y donde el alma humana, lejos de los hombres y de las vanidades del mundo, ante el espectáculo sublime de la naturaleza, se siente más cerca de Dios.

Y evocamos en silencio la gloriosa figura de Fray Luis de León, encerrado en una cárcel en Valladolid, a donde le llevaron la en-

vidia y la maldad, en contraste con aquel gran amor que el poeta sabio y religioso sintió siempre por el campo, al que durante los años de su encierro, cantó tan inspiradamente en su famosa décima:

"Aquí la envidia y mentira  
Me tuvieron encerrado;  
Dichoso el humilde estado  
Del sabio que se retira  
De aqueste mundo malvado,  
Y con pobre mesa y casa  
En el campo deleitoso  
A solas su vida pasa,  
Con solo Dios se acompasa,  
Ni envidiado ni envidioso."

En lontananza, el collado Solano, como un puente que sirve de paso entre los dos valles, Sajambre y Valdeón, se nos ofrece ahora magnífico y tentador.



## EL COLLADO SOLANO

A perspectiva que ahora se nos ofrece, desde el collado Solano, no puede ser más bella, ni la mirada de la extensión que se domina, desde su altura, más sugestiva y encantadora.

Aquí el alma se gozará de recibir ante la sublime aparición de los gigantesas Picos de Berge que, trascendiendo en el fondo del cielo, divisanos por primera vez, en la tierra.

Son estos gigantes montados, vistos a la luz clara del día, casi resplandecientes de hermosura, brillando al sol con la opacidad del granito de los Alpes, el carácter de la flora, singular y sencilla, sano y fuerte del mundo, envueltos en las blancas banderas de las nubes, que se elevan, con discreto hervor, como columnas del espacio que se elevan sobre de los bosques y de las cumbres, abundando con su imponente y aristocrático bello.

Difese que son el índice de un sistema geográfico que cubre de nuestra América, mostrando, con los desfiladeros y las elevaciones del terreno, insignificantes a los ojos de Dios, la ridicula pequeñez del hombre, constituido en centro del Universo.

Todo hombre cree que su felicidad está allí donde él no se ve



A perspectiva que ahora se nos ofrece, desde el collado Solano, no puede ser más bella, ni lo dilatado de la extensión que se domina, desde su altura, más sugestivo y encantador.

Aquí el alma se postra de rodillas ante la sublime aparición de los gigantescos Picos de Europa que, recortándose en el fondo azulado del cielo, divisamos por primera vez en la lejanía.

Son estas ingentes montañas, vistas a la luz dorada del atardecer, resplandecientes de hermosura, brillando al sol con la apoteósica grandeza de los imperiales Césares de la Roma, augusta y cristiana, señora y dueña del mundo, envueltas en los blancos cendales de las nubes, que las acarician, con amorosa ternura, como colosos del espacio que se enseñoreasen de los pueblos y de los campos, abrumándoles con su imponente y mayestática belleza.

Diríase que son el índice de un sistema orográfico que confunde nuestra humana pequeñez, mostrando, con los desniveles y las rugosidades del terreno, insignificantes a los ojos de Dios, la ridícula pretensión del hombre, constituido en centro del Universo.

Todo hombre cree que su felicidad está allá donde él no se en-

cuentra, y supone, como si hubiera sido autocreado, que todo el mundo gira en su torno, olvidándose de que es, simplemente, un mero accidente de la naturaleza.

Desde el collado Solano, allá, en el fondo del valle, a la izquierda, a través de un frondoso bosque de hayas, columbramos los valles y los pueblos de los Beyos, y la cinta blanca de la carretera que, descendiendo del Pontón, se insinúa entre las angosturas de la campiña, penetrando hasta los prados de Verrunde.

Oseja de Sajambre, situado al pie de las escarpadas rocas de los Picos de Europa, y de sus bravíos riscos, con su abundante y pintoresco caserío, y su terreno abrupto que baña el río Sella, y sus anfractuosas quebradas, por donde atraviesa la carretera que se pierde en Asturias, se nos presenta en esta hora del atardecer, como un bello y delicioso pueblo clavado en el corazón de la montaña.

Hay un tintineo de esquilas en la paz sonora de la tarde que resbala manso y dulce sobre las suaves laderas de los montes, trayendo a nuestras almas y corazones la visión idílica y pastoril de los blancos rebaños que se apacientan en las verdes praderas llenas de la poesía eglógica y musical de los antiguos tiempos de la fábula.

Vamos dejando atrás el collado Solano, con su umbrío y frondoso hayedo que se yergue espléndido y magnífico a lo largo del camino, mostrándonos la exuberancia de sus frutos —los ayucos— y la verde pompa de sus anchas y tiernas hojas que brillan, en la soledad de la tarde, con la transparencia y las irisaciones de una gota de rocío temblando en el cáliz de una flor.

Comenzamos a llenarnos de la paz y la serenidad de las cumbres y del aire puro que se respira en las alturas, y sentimos una indefinible y profunda melancolía al pensar que estamos solos aquí, sin más testigos que Dios, y sin otra compañía que los árboles amigos y los pájaros que cantan a porfía en lo más oculto de la enramada, y la maravillosa sinfonía de los bosques que exaltan con sus voces y murmullos los mil ruidos misteriosos de la naturaleza.

Al llegar a una inmensa explanada que domina los valles y los pueblos, donde crecen, lozanos y robustos, silvestres robles y agresivos helechos, y sólo se escucha de vez en vez el silbido de la honda del pastor, y el agudo relincho de los caballos, y el bramido del ternero, y el mugido de la vaca, mi guía, que ha acelerado el paso, detiéndose un momento para exclamar, lleno de alegría y contento: "¡La campera de Panderruedas... y la "Fuentina" de los Carros...!"

LA CAMPERA DE PANDERRUEDAS

Y

"LA FUENTINA DE LOS CARROS"



**V**UELVEN de nuevo a nuestro corazón las dulces emociones y los gratos recuerdos de la pradería de Lllavarís.

Alegres y relinchantes potros trotan por la campera y traviosos y juguetones terneros divierten sus ocios correteando, ingenuos.

Acostadas sobre el verde césped, mansas y melancólicas vacas, con la mirada perdida en el infinito, en una rumia sosegada, semejan, bajo el grandioso marco de las enhiestas montañas que les sirven de escudo y de defensa, y la paz idílica de los campos, y la solemne y augusta serenidad de la tarde, la más bella estampa paradisíaca de la bucólica pastoril.

Desde aquí, en el fondo del valle, agrupados en blancas casitas, entre abundosos y verdes prados alegres y sonrientes, vemos por primera vez los pintorescos y bellos pueblecitos de Caldevilla, Soto, Los Llanos y Posada de Valdeón.

Mi guía, experto conocedor del terreno y de las costumbres de estos animales, al acercarse a nosotros un potro joven, que pasta en la Campera de Panderruedas, y verme en un ademán de llamarle

y acariciarle, me dice: "Tenga mucho cuidado, porque esos animales son muy inteligentes, y una vez que cierto gañán pretendió engañar a uno de estos caballos, simulando llevar en la mano, para darle a comer, un puñado de sal, costumbre muy arraigada en estos lugares, el noble animal, al verse burlado, le dió un mordisco en la frente..."

Abandonamos esta hermosísima campera, lugar deleitoso propio para olvidar las penas de la vida, y gozar de la sana alegría de la naturaleza, y descansar de las fatigas corporales, de los traumas psíquicos, o choques morales, y de las amarguras de la ciudad, y entramos de nuevo en el monte, por cuya falda, después de repetidos zig-zágs y ondulantes curvas, vamos descendiendo hasta llegar a "la Fuentina de las Carros".

Es esta "Fuentina de los Carros", llamada así por los naturales del país, un sabroso y rico manantial, cuyas cristalinas aguas o lílquidos cristales, como diría Cervantes, descienden por el leve curso de la falda de la montaña, cubierta de hayedos frondosísimos, y donde todo entona un himno sublime a la naturaleza.

Descendemos para adentrarnos en el bosque de hayedos y aplacar nuestra sed, en el rico y sabroso manantial.

A nuestros pies se desliza el cauce que forma este manantial y corre entre los guijarros, como una tímida e inocente gacela que huyera de sus perseguidores.

"La Fuentina de los Carros" brota de una de las hendiduras de las peñas que filtra, a través de sus capas subterráneas, este precioso e inestimable líquido.

La frescura de la fuentina es deliciosísima y sus aguas, cristalinas y frías, son exquisitas y agradabilísimas al paladar reseco y ávido del turista.

La belleza de este agreste lugar, situado al pie de un hermoso bosque de hayedos y tilos, cuyas frondas le cubren de un perenne verdor, y de la más grata y bienhechora de las sombras, y donde no se escucha otro rumor que la canción divina y maravillosa de este sabrosísimo y rico manantial que se desliza entre los guijarros, formando el cauce de un riachuelo, saltarín y murmurador, ha quedado impresa en nuestras almas para siempre, y si a Dios le es dado prolongar algunos años más nuestra vida, para volverlo a ver, quisiéramos que, un día, como ya lo han hecho, esta tarde de oro y de sol, de nuevo, nuestras almas, pudieran quedarse dormidas, soñando, bajo su arrullo fugaz y embriagador...

Vamos descendiendo por el sendero de esta montaña, siguiendo un curso de vueltas y revueltas que nos muestran toda la hermosura de sus bosques y campiñas, de sus inaccesibles y bravíos riscos y la belleza insuperable de su lujuriosa y espléndida vegetación, que comienza a hacerse más intensamente verde, como si la infinita sabiduría de Dios hubiera querido regalarnos con la quintaesencia de los más ricos y variados colores salidos de la paleta del Divino Pintor.

A las tierras rojas, de un ocre sangriento, que contemplamos en los comienzos de nuestro viaje, a lo largo de la ribera de Rueda, han sucedido ahora, como en los cuadros teatrales, donde la escena cambia a cada momento, otras tierras de labrantío, más cuajadas de humus y de mantillo, más ricas y cubiertas de una multiforme y espléndida vegetación.

Todo nos sonríe en estos plácidos y alegres valles, rodeados de montañas y perennemente verdes, que nos recuerdan, por su extrema hermosura y dulce y tierno paisaje, la Suiza, eternamente verde, de las praderas y de los campos, arcádica y feliz...

Hemos oído hablar de los dulces y apacibles valles de Valdeón, y nuestras almas, ansiosas de contemplar su belleza y hermosura, de sentir la dulce poesía que resbala y palpita en sus campiñas, y la emoción suprema que causa la visión de sus ingentes peñascos, que forman los llamados Picos de Europa, se impacientan ante la llegada a Caldevilla de Valdeón.

Por fin, mi guía, que ha acelerado el paso de su cabalgadura, y que se halla deseoso de mostrarme los pueblos de Valdeón, donde él ha nacido, al divisar los dos primeros pueblos que aparecen ante nuestros ojos, me grita entusiasmado: ¡Caldevilla y Soto de Valdeón...!



CALDEVILLA

Y

SOTO DE VALDEON



SOLO en los cuentos de niños, o de hadas, o en la escena de los cabreros que Cervantes narra en la primera parte de su Quijote, hemos visto y oído algo parecido a lo que ahora, apenas llegados a este lindo y pintoresco pueblecito de Caldevilla de Valdeón nuestros oídos oyen y nuestros ojos, extasiados, contemplan.

Diríase como si Caldevilla de Valdeón estuviera asentado en las laderas de una montaña, o en las suaves y verdes colinas de un maravilloso país de ensueño, o fuera cabalgando sobre las ondulaciones de los collados que se ofrecen, tapizados de verde y brillante hierba, a todo lo largo del camino, uno de esos encantadores pueblecitos de Belén, que aparecen en los "Nacimientos", con sus casitas de corcho y sus ríos de cristal y su musgo y sus figuritas de barro, y sus molinos y sus caminitos de arena, que conducen a los alcores, donde los pastorcillos, en sus majadas, apacientan sus rebaños...

Caldevilla de Valdeón, a esta hora indecisa del atardecer, con los claroscuros de las vespertinas luces del crepúsculo, se nos aparece como una estampa bíblica y paradisíaca que conmueve lo más íntimo de nuestro ser, llenando de dulce embeleso y suprema dicha nuestra alma y corazón.

Caldevilla de Valdeón, en estos instantes supremos en que la luz solar comienza a degradarse, pasando del azul violeta al rojo anaranjado, presentándonos toda la gama del espectro solar, ofrécese a nuestros ojos, asombrados y atónitos, con los colores y tonos más bellos que jamás pudo soñar alma humana.

Su paisaje se nos antoja en estos divinos momentos iluminado por una luz extraña que va desde el tono ocre dorado, con un fondo de claridades amarillo verdosas, hasta el dulce y suave de los oros viejos esmaltados de las espigas, cuando éstas, formando haces o gavillas, brillan al sol en las eras o relucen en los rastrojos, como una diadema imperial o una virgiana y cándida pastorela...

Perfílase su caserío sobre el recuesto de la montaña, y recórtanse sus hórreos sobre el verde intenso de sus laderas, al paso que numerosos rebaños de hirsutas cabras y esquivos y ágiles cabritillos, encaramándose sobre las seves y cabalgando sobre los cipos y travesaños de las portaladas, en hábiles y difíciles equilibrios, balando aquéllas y amamantándose éstos de las ubres bilobuladas de sus madres, pueblan el aire del dulcísimo concierto de sus voces y balidos que son como el acento de los campos y la vida bucólica y pastoril de los agrestes y risueños valles de Valdeón...

Las mujeres ordeñando a las cabras junto a las portaladas, y los hombres conduciendo los rebaños desde las majadas a las cuerdas de los rústicos caseríos, y los zagales guiando a los hatos de ovejas y corderillos que descienden en grandes manadas de los montes para albergarse en sus establos, sobre el fondo ocre dorado del paisaje, donde se recorta la policromía de los rojos tejados y de los trajes de sus moradores, ponen una nota bellísima, y una pincelada de rico colorido, en la quieta paz de la aldea, que traen a nuestra memoria todo el encanto y la gracia de la égloga virgiliana y de los dulces y tiernos acentos del poema pastoril...

Los cabreros, al vernos aparecer montados en nuestros borriquillos, a la usanza y estilo de don Quijote y Sancho, cuando recorrían los caminos de La Mancha, generosos y hospitalarios, nos ofrecen varias cuencas de leche de cabra, recién ordeñada, que nosotros, fatigados y cansados de nuestro viaje, saboreamos con verdadero deleite y fruición, satisfaciendo así las necesidades de nuestros estómagos.

Mientras saboreamos el delicioso néctar, formando parte de la campestre escena, sintiéndonos dichosos y felices, nos acordamos

de aquella otra inmortal, de los cabreros, que describiera Cervantes: "Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro se estima, se alcanzase en aquélla sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo y mío".

"Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.

"Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían..."

La luna, ahora, sobre la Horcada de Cable, envidiosa de nuestra dicha y felicidad, asoma, con su faz ancha, redonda y luminosa, como una compañera más, que quisiera, iluminando el valle, con su luz de plata, servirnos de guía y acompañarnos en nuestro camino hacia Soto y Posada de Valdeón.

El espectáculo de la luna, bañando con su luz pálida, los lugares sombreados y haciendo resaltar los alucinantes montes, con su blancura, espectral, de dromedarios, que caminasen a todo lo largo de los arenales del desierto, al mismo tiempo que inunda de suaves resplandores las colinas y los valles, besando con dulce serenidad los hórreos y las solanas y los corredores, es sencillamente sublime y maravilloso.

Quando pasamos por la dulce aldea de Soto, cuyo pintoresco y bello caserío se recorta al fondo de los Picos de Europa, vemos la espadaña de su iglesia que se alza sobre el valle como un gozoso cántico de amor, de fe y de esperanza que mantiene la devoción de sus sencillos y patriarcales moradores.

Una aldeana, apoyada en una vara de boyero, que sostiene y acompasa su andar, al ritmo de la carreta de bueyes, que transportan una carga de hierba, llega a los umbrales de la portalada de su caserío y en la paz del sendero y la casita blanca, donde ya le están esperando, se escuchan las voces de unos niños que la saludan con gritos alborozados.

A lo lejos, como una soñada aparición, envueltos en las primeras sombras de la noche, aparecen Pasada y Prada de Valdeón, lindos y primorosos pueblecitos, situados al pie de los Picos de Europa, que constituyen el término de nuestro viaje.



POSADA

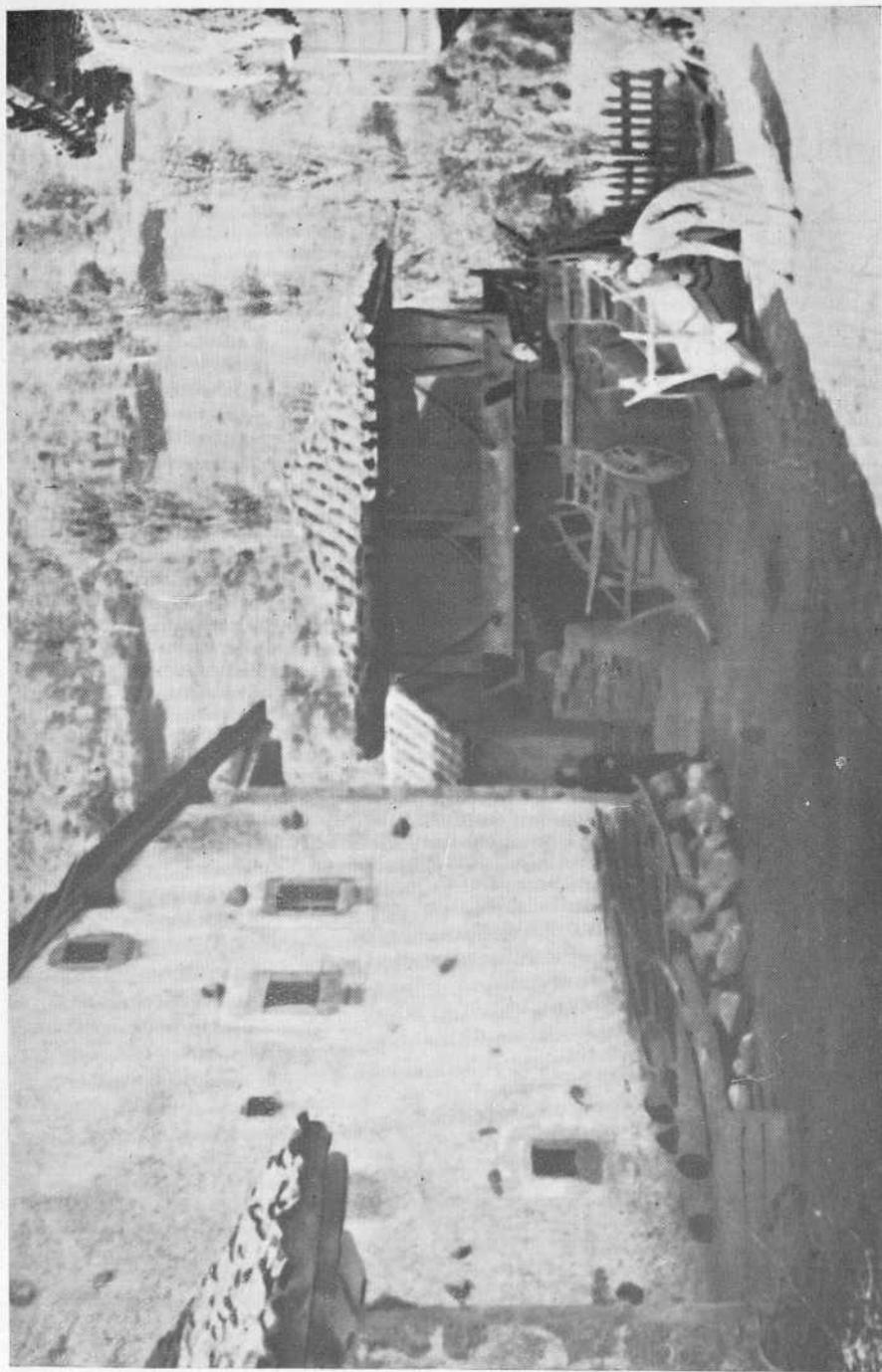
Y

PRADA DE VALDEON

POSADA

Y

PRADA DE VALDEON



Prada.—Un hórreo con carros del país debajo



**C**AMINAMOS a grupas de nuestro jumento, en un último esfuerzo por llegar a la meta de nuestros dorados sueños. Nos han dicho que en Posada de Valdeón podremos descansar, y que allí encontraremos albergue y acomodo en un magnifico hotel, establecido para estos efectos, residencia de los turistas, que, de los más diversos y apartados rincones de la Península y aun del Extranjero, vienen a visitar y escalar los famosos Picos de Europa.

También sabemos que, un muy querido amigo nuestro, periodista, se encuentra allí, pasando unos días de descanso al lado de su familia.

Ardeamos por tanto en deseos de llegar a Posada de Valdeón y descansar al lado de nuestros amigos.

Al fin, ¡oh prodigio!, mi guía, que es, como mi amigo el periodista, natural de Prada de Valdeón, me señala con el índice la parroquia de Santa Eulalia, en cuya campa o explanada, a la sombra de los tilos y sentados sobre los poyos, que separan la iglesia de la casa cural, están sentados mi amigo y el sacerdote del lugar.

Con visible y mal contenida alegría, nos acercamos para saludarles, pudiendo apreciar en el semblante del primero, la sorpresa y el asombro que le causa nuestra visita.

Adivinándonos, más que viéndonos, y mirándonos fijamente entre las sombras, exclamamos casi a un mismo tiempo, llenos ambos de profunda alegría y verdadero júbilo: "¡Hombre, usted por aquí...! ¿Cómo ha podido llegar hasta estos lugares?" Y yo: "¿No me esperaba, verdad...? ¡Pues ya ve cómo, a pesar de todo y como le prometí, he venido...!"

Nos abrazamos conmovidos en el silencio augusto del campo, y, al besar su sagrada mano, repuesto ya de mi emoción y sorpresa, contemplo, de cerca, por primera vez en mi vida, los gigantescos Picos de Europa...

El marco en que se desenvuelve esta escena, teniendo a nuestros pies el valle de Posada de Valdeón y en lo alto y a nuestro alrededor, las grandiosas Peñas que semejan gigantes, custodios fieles de las sencillas tradiciones y de la santa paz que se respira en esta aldea, es de una imponente severidad, de una inaudita, anonadadora e insólita grandeza.

Nos sentimos abrumados por la infinita y colosal grandeza de las cumbres gigantes y de los ingentes picachos que parece van a desplegarse sobre nuestras cabezas.

Aquí, en el fondo del valle, donde todo es paz y serenidad, dulce y grata compañía de los árboles amigos, incesante murmullo de los cantarines ríos, coloquio y verso de los campos, en los que resbala la más dulce y tierna poesía, y donde se respira una suave y deliciosa fragancia, entregados en brazos de la meditación y de la soledad, sin más testigos que Dios y las fugitivas sombras de la noche, que fingen espectrales fantasmas y, sobre todo, donde las dulzuras de la amistad, de nuestros buenos amigos, don Filemón de la Cuesta y don Juan Gómez, nos consuelan de nuestras penas, nos parece que somos más pequeños y más insignificantes que nunca...

Y casi no nos atrevemos a movernos de nuestro lugar, hasta que una voz amable y cariñosa, nos recuerda lo avanzado de la hora —son exactamente las diez de la noche— y nos invita, con gesto paternal, a descansar en su cristiano hogar de Prada de Valdeón...

Rehusamos delicadamente su gentil ofrecimiento y nos despedimos de tan caros amigos, dirigiéndonos al magnífico hotel que para

estos efectos tiene establecido, en este lindo pueblecito, un comerciante, oriundo del valle de Pas y natural de Posada de Valdeón, don Daniel Abascal "El Pasiego".

A pocos pasos de nosotros, allá, en lo alto del recuesto de una montaña, cuyo camino conduce hasta el último pueblecito de este hermoso valle —Santa Marina—, queda Prada de Valdeón, embellecido con las mismas tintas y colores que Caldevilla, nimbado de luz y orlado de la prístina pureza y la maravillosa belleza de sus campos ubérrimos, como una alegoría de los antiguos tiempos de la fábula y de la leyenda, y de la égloga virgiliana y de los tiernos acentos del poema pastoril, con su dulce balar de mansos corderillos y sus numerosos rebaños de candidas ovejas y de hirsutas cabras que corren a todo lo largo del camino, trepando sobre los mojones y las bardas de las corralizas, y penetrando en los amplios zaguanes de los tibios y cálidos establos; iluminado ahora por el resplandor de la blanca y pálida luna, que asoma por el alto de Remoña, bañando de suave y lechosa luz sus blancos casales —donde las abuelas hilan el lino de nieve en la rueca de plata— y resplandecientes eras y sus sembrados bien cultivados, y sus risueños huertos florecidos y sus mares de doradas mieses y áureas espigas que cubren los senderos y brillan, en la santa paz de la noche, con el reverbero de los más bellos e iridiscentes colores, y el candor y la gracia mística de los lirios, cuando, en los dulces y arrebatadores amaneceres del estío, abren sus sedosos y aterciopelados cálices al beso de la aurora...



# LA MARCHA HACIA CAIN

Cuando, después de haberse instalado convenientemente, en  
cuanto a habitación del segundo piso del magnífico hotel que  
los señores Anselmo y "El Pocholo" han establecido en Posada de  
Santana, bajamos al comedor para comer, como se suele hacer  
para aprovechar los platos y las bebidas de las comedores.  
Después de haberse presentado de rigor, entre los varios  
platos que se sirven a la mesa, llamamos nuestra atención por  
algunos platos que se sirven en el comedor, especialmente por  
los platos de la Capa, de Lengua de Serpiente, y de la bella sopa  
de la Reina del Corral Negro.  
Uno de los platos que más nos gustó, por el delicioso sabor  
que tiene, es el de la Lengua de Serpiente, que se prepara con  
la cabeza de la serpiente de la especie de la Reina del Corral Negro,  
y se acompaña con un plato de arroz blanco y una salsa de  
tomate y de la serpiente, que se prepara con la cabeza de la  
serpiente y se acompaña con un plato de arroz blanco.



CUANDO, después de habernos instalado, cómodamente, en nuestra habitación del segundo piso del magnífico hotel que don Daniel Abascal, "El Pasiego", tiene establecido en Posada de Valdeón, bajamos al comedor, para cenar, éste se halla animadísimo, menudeando las risas y las bromas entre los comensales.

Después de hechas las presentaciones de rigor, entre los varios señores que se sientan a la mesa, llaman nuestra atención tres matrimonios jóvenes, uno de ellos compuesto por un señor ingeniero jefe de la Campsa, de León, don Bernabé Iglesias, y su bella esposa doña María del Carmen Nestar.

Otro de los matrimonios está formado por el conocido caballero leonés don Mariano Papay Zarza, agente general, para toda la provincia de la casa de licores de don Pedro Domecq, y persona estimadísima, al que acompañan su distinguida esposa doña Elisa Sarabia y sus bellas hijas, las señoritas Josefina y Marisa.

Por último, el tercer matrimonio a que hacemos referencia, lo

forman un afamado sastre de Madrid, don Teodoro García, y su noble y bella esposa, doña Guadalupe Sotoca, al que acompañaban también tres preciosos niños: Paquito, María del Carmen y Margarita.

También tenemos el honor de saludar a una cultísima y elegante, a la par que bella y distinguida señorita, Joaquina Fernández López, de Madrid, que, con sus naturales gracias y extraordinaria simpatía, hace las delicias de la concurrencia.

Nosotros hemos invitado a cenar en nuestra compañía, a un joven sacerdote, don Juan Gómez, ecónomo de la iglesia de Santa Eulalia, de Valdeón, y a mi guía y muy querido amigo, el seminarista don Amado Pérez.

Con nosotros se sienta a la mesa, el reputado médico titular de Posada de Valdeón, y muy querido compañero, don Pedro Porrallo.

Todos, a coro, expresan el deseo de emprender al día siguiente la marcha hacia Caín.

Caín, es uno de los ocho pueblos que constituyen los valles de Valdeón, y se halla situado en las estribaciones de los Picos de Europa.

Le separan de Posada de Valdeón una docena de kilómetros, y para bajar a él hay que ir descendiendo por un camino abrupto, pedregoso, de herradura, que constituye la margen izquierda del río Cares, y va a morir a dicho pueblo.

Se dice que las hoces de Caín son maravillosas, vistas desde un punto de vista turístico montañoso, y que no hay otras en España que se le puedan comparar.

Caín está a 505 metros sobre el nivel del mar, y es el punto más bajo de la provincia de León.

En Posada de Valdeón, donde proyectamos la excursión, estamos a 955 metros de altura sobre dicho nivel, y tendremos, por tanto, que ir bajando al pie de 450 metros de profundidad.

Nuestros corazones se estremecen de honda emoción al escuchar de labios de uno de los conocedores del terreno, que el cauce del río Cares es uno de los más profundos de España.

En medio del mayor entusiasmo y de la más pura y sana alegría, contando unos anécdotas de osos, de lobos y de rebecos, y suspirando otros porque llegue el nuevo día, en que, si Dios quiere, habremos de realizar nuestro descenso a Caín, nos despedimos de todos, retirándonos a nuestras respectivas habitaciones a descansar.

Nuestro primer cuidado, a la mañana siguiente, es ir a la ige-

suca que, sencilla y severa, se yergue en las afueras de Posada de Valdeón, la parroquia de Santa Eulalia, para pedirle a Dios que nos guíe y nos asista en nuestro camino.

Momentos después, el grupo de excursionistas se perfila en un largo convoy a grupas de pacientes asnos, que inician el descenso a Caín.

En la "Ventaniella", donde comienza el descenso, nos despide afectuosísimamente don Filemón de la Cuesta, que, cortésmente, nos ha acompañado desde nuestra salida de Posada.

Son las nueve de la mañana, y los campos, bajo la caricia del astro solar, despiden esa vaharada cálida y aromosa que alegra el alma y enerva dulcísimamente los sentidos.

Las altas cumbres y los umbríos valles, cuajados aún del rocío matutino, se visten de la púrpura encendida del sol, resplandeciendo, en la clara mañana luminosa, como jardines deliciosos de un ensoñado y ambicionado edén.

Nos sentimos invadidos por esa dulce embriaguez que acompaña a las horas alegres, dichosas, felices de nuestra vida.

Apenas iniciado el descenso, contemplamos el bello y pintoresco pueblecito de Cordiñanes, que se asienta entre pedregosas laderas, y al que, a nuestro paso, saludamos con voces emocionadas. Atrás dejamos a Los Llanos, un bellísimo y hermoso pueblecito, que, con los que ya hemos citado, constituye el número total, ocho, de los nobles y leales pueblos que forman los valles de Valdeón.

Al Oriente, el macizo central de los Picos de Europa, refulgiendo de luz, deja filtrar, a través de sus enhiestos picachos, las sutiles y doradas hebras del sol, que besan los blancos casales y los rojos tejados del pueblecito de Cordiñanes.

Comienza a hacerse más caudaloso y abundante el curso del río Cares, cuya canción armoniosa ya no cesará de acariciar nuestros oídos hasta el término de nuestro viaje.

Este río maravilloso, formado por dos afluentes, uno que nace en Panderruedas, y otro en Pandetraye, y que posee un cauce de los más profundos de España, que atraviesa con su lecho la garganta del desfiladero que separa los dos macizos, el central y occidental de los Picos de Europa para desembocar en el mar Cantábrico, va a ser, en nuestro descenso a Caín, uno de los motivos más interesantes de nuestros estudios.

A medida que descendemos, en fila india, a grupas de nuestros

pollinos, sorteando los peligros de un accidentado y tortuoso camino, que constituye el borde, estrechísimo, de una de las montañas, y que serpentea en ondulantes zig-zágs el espacio libre que separa ambos macizos, el central y el occidental, va estrechándose hasta convertirse en un impresionante y gigantesco desfiladero.

En uno de los recodos del camino, antes de llegar a lo más hondo y profundo del valle de Corona, don Juan Gómez, cura ecónomo de la parroquia de Santa Eulalia, que camina al frente del grupo expedicionario, nos invita a apearnos de nuestras cabalgaduras para que podamos admirar dos hermosas peñas, a manera de altar, en que estuvo depositada, durante un descanso de la típica y tradicional procesión que se celebra anualmente en estos valles, la Virgen de Corona.

—Actualmente —nos dice—, la imagen de Nuestra Señora de Corona se halla depositada en la iglesia de Soto.

Continuamos a pie nuestro camino hasta que aparecen ante nuestros ojos el valle y la ermita de la Virgen de Corona.

LA VIRGEN  
DE  
CORONA

—La manera que los países han de tener para hacer  
— una industria agrícola tan buena y rentable como  
— el cultivo de las bananas y las papayas y otros frutos al que  
— el cultivo y desarrollo de la banana y el papaya son los  
— más importantes que se han dado en el mundo y que  
— los agricultores pueden cultivar en cualquier parte de  
— América y España y las zonas tropicales de Europa.

— Hay que tener en cuenta que el cultivo de la banana y  
— el papaya son los más fáciles de cultivar y que se pueden  
— cultivar en cualquier parte de América y España y las zonas  
— tropicales de Europa y que se pueden cultivar en cualquier  
— parte de América y España y las zonas tropicales de Europa.

— La banana y el papaya son los más fáciles de cultivar y  
— que se pueden cultivar en cualquier parte de América y España  
— y las zonas tropicales de Europa y que se pueden cultivar en  
— cualquier parte de América y España y las zonas tropicales de  
— Europa.

— Cultivar la banana y el papaya es tan fácil como cultivar  
— la banana y el papaya y se pueden cultivar en cualquier parte  
— de América y España y las zonas tropicales de Europa.



ERA menester que los nobles hijos de estas hidalgas tierras leonesas, hubieran elegido tan bello y espléndido lugar, como constituye este primoroso y lindo vallecito, y levantando en él, una preciosa y sencilla ermita con que honrar y venerar a su santa Patrona, para que resplandecieran, con toda su belleza y hermosura, las excelsísimas gracias que adornan a Nuestra Señora de Corona.

Hállase esta sencilla y rústica ermita situada en el centro del valle, a la margen derecha del río Cares, rodeada de invernaderos o "invernales", como aquí se les llama, donde se alberga el ganado en las crudas noches del helado invierno, y escoltada por elevadísimas montañas.

Su sencilla y bonita espadaña se levanta, airosa y gallarda, entre las verdes vallejas y las peladas rocas que la enmarcan, como un santuario de paz y de amor que se ofrece al corazón cansado del caminante.

Cuentan la historia y la leyenda que en este mismo valle de Corona, tuvo lugar la coronación del rey Don Pelayo.

Son varios los historiadores que hacen esta afirmación, al referirse al lugar donde Pelayo, caudillo de los astures, fué proclamado rey de la monarquía española, y a pesar del confusionismo reinante sobre estos hechos, tan decisivos y gloriosos, historiador y erudito tan renombrado como Altamira, al referirse a esta coronación, que afirma tuvo lugar en los valles de Valdeón, dice lo siguiente: "En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey a Pelayo, principio de una nueva monarquía, porque la religión y el infortunio han identificado siempre a godos y romano-hispanos, y no forman sino un solo pueblo, y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga".

Y continúa diciendo: "A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de Répelayo (síncope sin duda de rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamación levantándole sobre el escudo o pavés; y nada más natural que este acto de recompensa de aquellas gentes hacia el valeroso caudillo que les había conducido a la victoria, en el primer lugar en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua, junto al pueblo de SOTO DE VALDEON, se halla el Campo de la Jura donde tuvo lugar la proclamación del rey Don Pelayo, y donde hasta el siglo presente iban los jueces del Concejo de Cangas a tomar posesión de las varas de justicia".

A fuer de sinceros, y sin mengua de la verdad histórica, nosotros creemos que la coronación de Pelayo, como rey de los astures, no tuvo lugar en Soto de Valdeón, como, sin duda, por un error o confusión, se ha creído en alguna ocasión, debido a que existen dos pueblos que llevan el mismo nombre: Soto, pueblecito de Asturias, situado a poca distancia de Cangas de Onís, que es donde se encuentra el Campo de la Jura, y Soto de Valdeón, que, como todos sabemos, corresponde a la provincia de León, y que con los siete pueblos que estamos visitando en nuestra aventurada y bellísima excursión, forma los hermosísimos y pintorescos valles de Valdeón.

La verdad de lo ocurrido, sencillamente, y que viene a conjugar las distintas apreciaciones de estos dos pueblos que se disputan a una el honor y la gloria de haber sido en su tierra donde Pelayo fué proclamado rey, es que la primera coronación tuvo lugar en Soto, valeroso pueblo de la alta montaña, perteneciente a la provincia de Asturias, que peleó virilmente contra el moro, y que el noble y ague-

rrido pueblo de León, que también luchó bajo la égida de Pelayo, confirmó esta primera coronación con un segundo acto de admiración y de homenaje al esforzado caudillo de los cántabro-astures, que a su vez tuvo lugar en el valle de Corona.

Nos complace de un modo extraordinario hacer resaltar la labor de erudición que la señorita Josefina Papay Sarabia —la profesora de Retórica, como yo la llamo—, está aportando a nuestros estudios.

Con su gracejo inimitable y la simpática naturalidad que la caracterizan, nos dice, a propósito de los fabulosos tesoros escondidos, durante los siglos de la dominación árabe, en los terrenos en que se halla enclavada la ermita de Corona: "Verá usted. Según ciertos escritos encontrados en los archivos de Simancas, se dice que, en tiempos de los moros, que habitaban y eran dueños de estos lugares, al obligarles los cristianos a huir y no poder llevarse su "ídolo", consistente en una riquísima estatua de oro macizo que medía tres codos de altura, y otros tesoros fantásticos de plata repujada, joyas y artísticos medallones, decidieron enterrarlos en este valle de Corona..."

"En el siglo XVI, aproximadamente, fué construída la ermita existente hoy día y llamada de Corona, donde fueron encontrados gran parte de los tesoros, consistentes en oro molido. Sin embargo, hasta hoy día nada podemos decir del "ídolo" moro, ya que su búsqueda ha sido infructuosa."

Todos los excursionistas, ante la sincera espontaneidad con que expone estos conocimientos, aplaudimos entusiasmados a "la Profesora de Retórica".

El sol cae de plano sobre nuestras cabezas, y comenzamos a sudar copiosamente, ante las insistentes y ardientes caricias de Febo.

Estamos junto al "chorco" de los lobos, cuya interesante y original historia merece capítulo aparte.





LOBOS  
EN EL  
"CHORCO"

LOBOS  
EN EL  
"CHORCO"



El lobo ante las empalizadas es acosado para meterle en el Chorco.—Posada de Valdeón



**P**ARA el curioso lector, y aun para aquellos que, como nosotros, gustan de las aventuras emocionantes, ningún espectáculo podrá resultar tan sugestivo e interesante como este de la caza del lobo, a través de las ásperas sierras y de los frondosos bosques que cubren las estribaciones de los Picos de Europa.

Hemos llegado al "chorco", especie de pozo o foso o fosa circular que se halla enclavado al borde de nuestro camino de herradura, en la margen izquierda del río Cares y frente a la ermita de Corona.

El "chorco" significa cavidad en el suelo, o foso o fosa, de aquí que esta "casa de los lobos" se halle construída en forma redonda y circular, con piedras y argamasa, dándole un aspecto de pequeño torreón.

Tiene, aproximadamente, tres metros de altura, y medio metro de espesor, y en su base y parte anterior, que mira al camino de herradura, donde nos encontramos, presenta un enrejado hecho con fuer-

tes barrotes de hierro que, en forma de puerta, se abre cuando hay necesidad de sacar a los lobos vivos para su traslado a los pueblos.

Esta "casa de los lobos" fué construída en el siglo XVI, a los fines de acabar con las grandes manadas de estos mamíferos carnívoros que, atacando y devorando los rebaños, assolaban los pueblos y sus alrededores.

En su base y parte posterior, que da a un declive de la falda de la montaña, presenta una abertura de forma oblonga y alargada, del tamaño de un arco de ojiva de poco más de medio metro de altura, que es "la entrada del cepo", cuidadosamente disimulada entre el ramaje de los árboles.

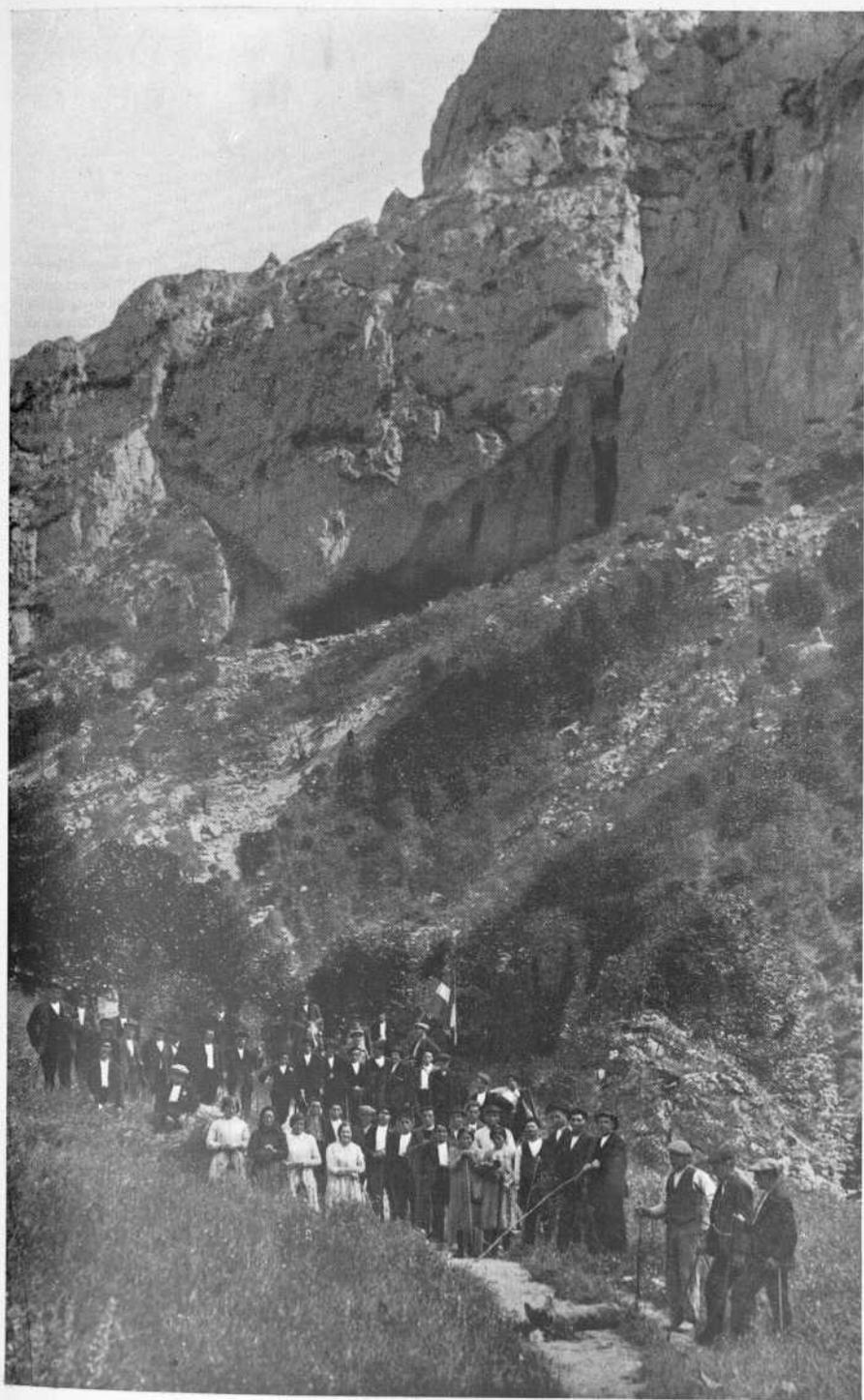
Veamos ahora cómo se procede a la caza del lobo.

Un noble anciano, don Inocencio Marcos, que forma parte del grupo excursionista, y don Juan Gómez, cura ecónomo de la parroquia de Santa Eulalia, que conocen palmo a palmo el terreno, y han asistido, personalmente, a varias de estas cacerías de lobos, nos relatan los incidentes ocurridos, en este mismo lugar, el pasado invierno, con motivo de una pareja de lobos —macho y hembra— que hizo su aparición en los valles de Valdeón.

Es costumbre tradicional, en estos pueblos, que el último mozo que se case, reciba del que le haya precedido en el matrimonio, un cuerno. Apostado en uno de los lugares más estratégicos, le hace sonar en el mismo instante en que el lobo, acosado por sus perseguidores, penetra en el amplio bosque que comprende los terrenos del "chorco".

Para comprender mejor esto, oigamos la narración que, de la caza de la última pareja de lobos, el pasado invierno, nos hacen, sobre el terreno, el noble anciano y el sacerdote del lugar.

"Dos lobos —nos dicen—, macho y hembra, procedentes de las montañas astures, habían entrado en los valles de Valdeón, dejando huellas de sus pisadas en la nieve. Apenas fueron vistas estas huellas por uno de los vecinos de Cordiñanes, cuando las campanas de todos estos pueblecitos tocaron a rebato. Instantáneamente, quedó organizado el "ejército" de hombres que iban a dar la batida contra los lobos. El grueso del "ejército" se desplegó en dos alas, una de las cuales cerró el paso de los cánidos en las estribaciones del macizo central, que está en la margen derecha del río Cares, al paso que la otra lo hizo por la izquierda, que es donde nos encontramos en este momento de la narración, y donde está el "chorco".



Los cazadores del lobo regresando a sus casas con uno cazado en el Chorco de Corona,  
Posada de Valdeón



Así, cortada la retirada de los lobos por el lado por donde habían entrado, y no pudiendo retroceder, fueron éstos avanzando hacia Caín, donde cada vez se estrecha más el paso del desfiladero, hasta cerrarles por completo la salida.

Mientras tanto los "buscas", siempre detrás, y acosando a la pareja de lobos, llegó a meterlos en los terrenos del "chorco", situándose unos delante y otros detrás, hasta que el vecino que estaba apostado en el sitio estratégico, hizo sonar el cuerno. Era la señal convenida de que los lobos habían entrado en la zona peligrosa del "chorco".

Aquí la cacería alcanzó su punto culminante. La pareja de lobos, al verse acosada por los "buscas", entró en el bosque, que les produjo la impresión de libertad y de segura salida para su escape, mas apenas hubieron entrado, cerróse automáticamente la entrada del "chorco", que tiene la forma de un ángulo agudo, en cuyos bordes se alzan altas empalizadas formadas por troncos de diversos diámetros. En la abertura está el bosque, y en el vértice el agujero, amplio y lleno de luz, rodeado de un ramaje, cuidadosamente disimulado, por donde forzosamente tienen que entrar los lobos, cayendo en el foso o "chorco".

En el centro de los terrenos del "chorco" que forma un plano inclinado, a todo lo largo de la montaña, y siguiendo la línea media, donde se hallan colocados varios chozos o puestos de espera, simulando gruesos troncos de árboles, estaban apostados los vecinos encargados de amenazar y excitar a los lobos con palos, para que no retrocedieran y siguieran avanzando, hasta caer en la trampa.

Una vez cazados vivos, se les sujetó el cuello contra el suelo, con grandes horcas de madera, desde lo alto, hasta que un hombre, abriendo la puerta de hierro, aplicó un bozal a cada uno de los lobos. Acto seguido, y convenientemente atados, fueron conducidos a los pueblos del valle de Valdeón."

Escuchamos embelesados la narración que acaban de hacernos estos buenos amigos, interrumpida solamente, de vez en vez, por el graznido de los cuervos y el murmullo ensordecedor del río Cares...

Así, cortado la retorta de los lobos por el lado por donde  
habían entrado y no pudiendo escapar, fueron estos avanzando  
hacia Cala, donde cada vez se estrechó más el paso del desfiladero,  
hasta que por completo se cerró.

Mientras tanto los "buscos", siempre detrás y acorralados a la  
caja de lobo, llegó a meterlos en los terrenos del "chorro", en  
fundidos unos detrás y otros detrás hasta que el vecino que estaba  
apostado en el lado estratégico hizo sonar el cuerno. Era la señal  
convencido de que los lobos habían entrado en la zona peligrosa  
del "chorro".

Aquí lo ordenó alanzó su punto culminante. La caja de lobo  
al verse acorralada por los "buscos", entró en el desfiladero, que las  
que la impresión de libertad y de seguridad para su escape, mas  
apenas habían entrado, cerró automáticamente la entrada del  
"chorro", que tiene la forma de un ángulo agudo, en cuyo vértice  
se colocan embalsados ligeros por troncos de diversos tipos.  
En la abertura está el pastor y en el vértice el aguijero,  
cuyo y largo de luz rodeado de un terrazo cuidadosamente  
simulado, por donde fuertemente hacen que entre los lobos, que  
vienen en el lado a "chorro".

En el centro de los terrenos del "chorro" que forma un plano  
inclinado a todo lo largo de la montaña, y siguiendo la línea me-  
dia donde se hallan colocados varios troncos o postes de apoyo,  
simulando gruesos troncos de árboles, están colocados los veci-  
nos encargados de mantener y excitar a los lobos con bolas para  
que no retrocedieran y siguieran avanzando, hasta caer en la trampa.

Una vez cazados vivos, se les sujetó el cuello contra el suelo,  
con grandes fuerzas de madera, desde lo alto, luego que un hombre,  
colocado la punta de la flecha, apuñaló a cada uno de los  
lobos. Acto seguido y convenientemente trozos fueron conducidos  
a los pueblos del valle de Valdeán.

Escuchamos embalsados la narración que oímos de haber  
estas buenas amigas, interrumpida solamente de vez en vez por el  
gorgoteo de los cuervos y el murmullo escarabaceador del río Cures.



El «Choreo», trampa para cazar lobos vivos, construída en el Monte de Corona el año de 1610.  
Posada de Valdeón







**A**HORA es la canción melodiosa del río Cares, la que arrulla nuestros oídos y nuestras almas con dulce acento embriagador...

Son estas canciones de los ríos, precipitándose por las quebradas de las peñas y contándonos miles de misteriosas consejas, con escenas de dragones y príncipes caballerescos, que rescatan bellas princesas encantadas y cautivas, en castillos de reinos y países desconocidos, las que se mezclan con las voces de la Naturaleza, para decirnos, en lo más íntimo de nuestro corazón, que no hay nada que se le pueda igualar a la sencilla y divina armonía de los cielos azules, de la provincia de León, y al arrullo de la tórtola y al canto maravilloso de las aves y al murmullo de las fuentes y al balido de las ovejas y al manso rumiarse de las vacas melancólicas, sobre las verdes praderas, donde se apacientan los rebaños y se cuentan sus cuitas los pastores...

El sacerdote del lugar; el que bendice los campos para que la

gracia de Dios haga, como rocío vivificador, que fructifiquen las siembras; el que reza, a la caída de la tarde, en la paz idílica de la campesina aldea, la oración del Angelus; el que, confidente de nuestras penas y alegrías, pone siempre en sus labios las más hermosas palabras consoladoras de cariño y aliento; el que recoge nuestro postrer suspiro a la hora de la muerte, para, entre fúnebres y piadosos salmos, trasladarnos al cementerio de la aldea, donde hemos de dormir el sueño de la muerte, bajo la sombra bienhechora de una rústica cruz; el cura ecónomo de la parroquia de Santa Eulalia, de Valdeón, don Juan Gómez; el que, en nuestra excursión, ahora a Caín y más tarde a los elevados Picos de Europa, es y habrá de ser amigo leal y compañero inseparable y el más excelente guía, va ahora delante de nosotros, auxiliándonos en nuestros momentos de cansancio, animándonos con sus amenas descripciones sobre la topografía del país, riendo cuando alguno de los excursionistas comenta, entre socarrón y humorista, las incidencias del viaje y los encantos del país.

Vamos por un sendero que todavía no es pedregoso ni abrupto y cuyas frondosas márgenes, cubiertas de choperas y manzanos y nogales y agrestes avellanos, nos ofrecen sus sabrosos frutos al alcance de la mano.

En el cauce del río Cares, orquestal, sinfónico y murmurador, gigantescos y colosales peñascos, cubiertos de exuberante vegetación, con sus adustas y blancas frentes pensativas, que parecen meditar en la profunda soledad de los tranquilos valles, inundados de luz, en la calma augusta de la mañana ardiente y soleada, traen a nuestra memoria el recuerdo melancólico de felices tiempos, en que formaron parte de las luminosas y resplandecientes cresterías de los Picos de Europa...

El río Cares, tumultuoso y sonoro, acariciante y melódico, nostálgico y ensoñador, a través de sus cristalinas y transparentes ondas que chocan y se entremezclan con las linfas de los más cándidos y enamorados riachuelos, canta, ahora, en esta hora de alegría y de paz, de delicia y de ensueño, de remansada y dulce serenidad, la más bella y bucólica de las canciones pastoriles...

Es una dulce y melancólica canción de olvido de nuestras penas y dolores, de amores dichosos y lejanos y de queridos recuerdos sentimentales, que nos hace sentir, aún con más grandeza, si cabe, más y más hondo, e íntimo, la belleza de estos ensoñadores para-

jes y llorar la pérdida de su contemplación, cuando, terminado nuestro viaje feliz, hayamos de emprender nuestro retorno a la casita blanca que dejamos para venir a cantar la inaudita grandeza de estos picachos y montañas y la espléndida belleza de su salvaje hermosura...

¡El río Cares y los amenos y dulces valles de Valdeón...!

¡Cuántas y cuántas veces habré de llorar, en soledad, vuestro querido y cariñoso recuerdo...!

Llegamos ahora, en nuestro descenso hacia Caín, al trozo de paisaje más bello que existe a todo lo largo del camino. Después de haber recorrido un sendero, bordeado de árboles y de frondosas ramas, cuyas copas se entretejen formando un tupido dosel, nuestra mirada atónita contempla el paraje más delicioso y embriagador que jamás pudo soñar el alma humana.

Suaves y verdegueantes laderas que nacen en las estribaciones del macizo occidental, cubiertas de bosques de hayas, de manzanos silvestres y de nogales, de abundantes choperas y de tupido follaje, dejan oír el murmullo leve y acariciador y la voz susurrante, que se desliza entre las peñas, de un río, oculto y maravilloso, que canta dulcísimo en nuestros oídos, el río de la Peguera...







**N**ACE este bello y delicioso río de la Peguera, en las estribaciones de los Picos de Europa, y su curso, oculto al principio por el bosque que le presta un magnífico dosel, ábrese después al exterior formando un cauce que discurre entre los menudos, redondeados y pulidos guijarros, y en cuyas márgenes risueñas crecen exuberantes, corpulentos y frondosos tilos.

Aquí, el grupo de excursionistas, sin una voz discordante, unánimemente, decide hacer un alto en el camino para descansar y saciar su ardorosa sed y reposar unos instantes a la grata y dulce sombra de los árboles.

Arrodillados en el suelo, inclinadas nuestras cabezas sobre la superficie de las linfas del transparente y delicioso río, teniendo unos por cuenco la mano, o un vaso metálico, de merienda, y otros aplicando directamente los labios sobre las frías aguas, bebemos todos hasta saciarnos de este néctar riquísimo de los dioses.

Nos sentimos dichosos y felices, y nos sentamos sobre el verde

césped, a la sombra de los tilos en flor y bajo la caricia dulcísima del sol, que brilla en lo alto del cielo azul, purísimo, con la majestad y la pompa, magníficas, de su carro de luz, que recorre su órbita, vivificándolo todo y llevando hasta los últimos rincones de la tierra, sus dorados haces de luz, que animan los seres y las cosas...

Los asnos, metafísicos y pacientes, libres ahora de la carga que han portado sobre sus albardas, pastan ávidamente y se solazan sobre los campos retozando libres y alegres con sus compañeros de fatiga y trabajo.

El valle de la Peguera, en esta hora llena de luz, de sol, de color, de cadencias ignoradas y música divina, con murmullos de los bosques y susurro de las abejas, que liban en el cáliz de las bermejas flores, nos habla de la verdadera y suprema poesía de la vida, que trae a nuestras mentes el recuerdo del poeta:

"Si la luz del salón tus ojos ciega;  
Si el ruido de cien voces te ensordece;  
Si con su ritmo el baile te aniquila,  
Sé de un lugar de blanda y fresca hierba,  
De un rumor de cascada que adormece  
Y de una paz que al cielo te aproxima..."

Los niños Paquito, María del Carmen y Margarita, hijos del distinguido matrimonio de Madrid, que representa, como padre y cabeza de familia, don Teodoro García y su noble esposa, doña Guadalupe, retozan ahora sobre la blanda hierba, jugando a flores y amores, deshojando sobre las blancas manos de Margarita, la con sabida, blanca y amarilla flor de su nombre: "¿Me quieres...? ¿Sí...? ¿No...? ¡Y sabías que te adoraba ya...!"

Los hombres, cambiando impresiones entre nosotros, fumamos sendos cigarrillos, y las volutas de humo azul se elevan al cielo en sutiles y caprichosos giros...

La señorita Joaquina, de Madrid, dialoga animadamente con doña Elisa, esposa de don Mariano Papay, a quien habla de la riqueza del colorido de estos maravillosos campos y de los diversos tonos y matices que encuentra en los contrastes divinos de estos dulcísimos y deliciosos valles.

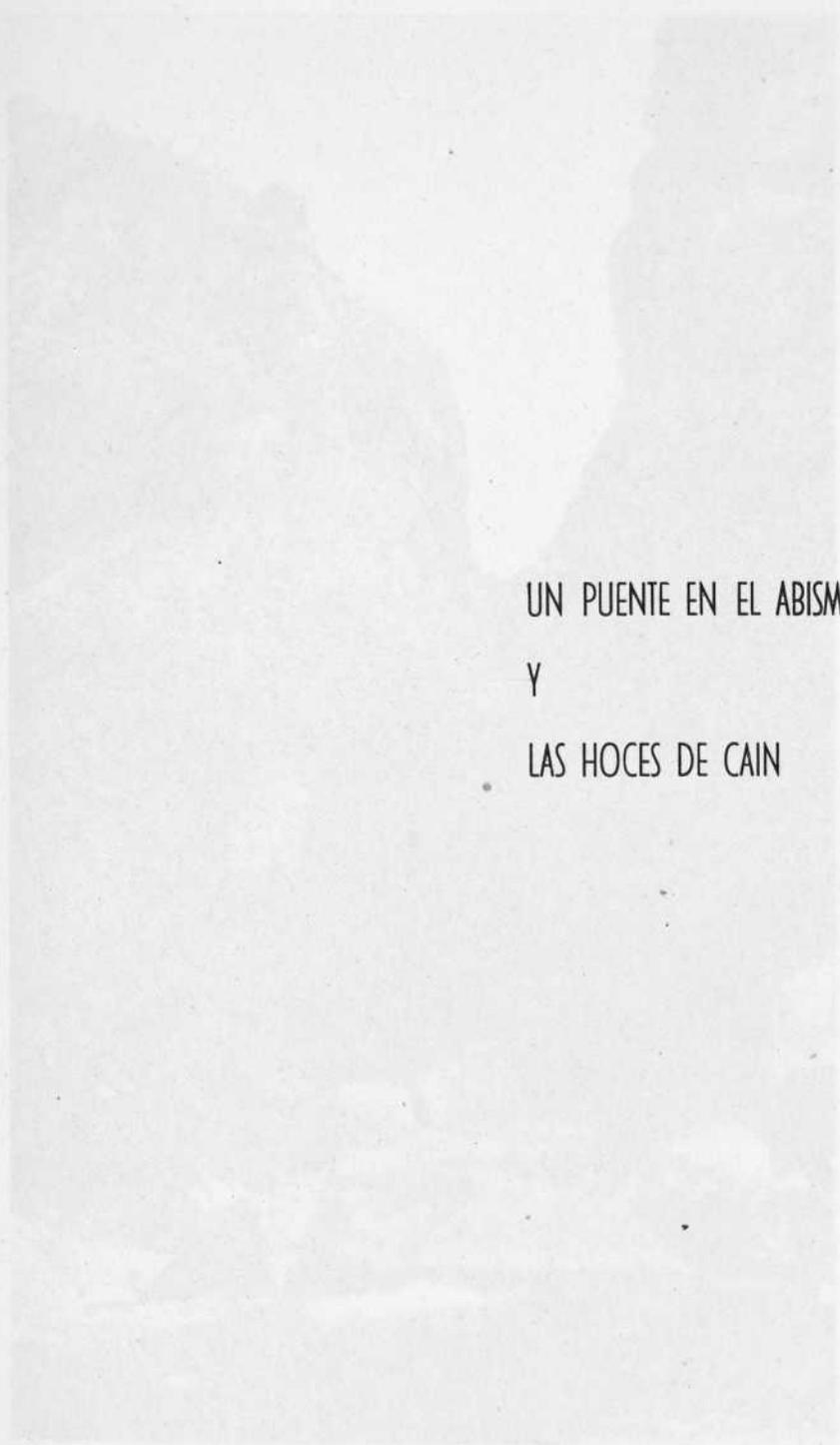
Una intrépida y denodada amazona, Marisa —la señorita neoyorquina, como la llamo yo—, vestida con pantalón blanco y graciosísima blusa de seda, de color rosa, en la que lleva prendido un sangriento y rojo clavel, que contrasta con los lindos bucles de oro que adornan su blanca y tersa frente, ríe pensando en las emocionantes aventuras que todavía nos esperan, antes y después de nuestra llegada a Caín.

El sacerdote nos dice que hay que emprender la marcha para poder llegar a Caín a la hora del almuerzo.

La distancia que separa a este pueblo de Posada de Valdeón, son diez kilómetros, que son los que tenemos que recorrer, a grupas de nuestros pollinos, por un camino de herradura, y el sendero de las hoces de Caín.

Montamos sobre nuestros jumentos formando una fila india, y preparados bien contra el miedo, porque vamos a atravesar lo más peligroso del camino, emprendemos la marcha hacia el puente natural que hay sobre el abismo y las temibles hoces de Caín.



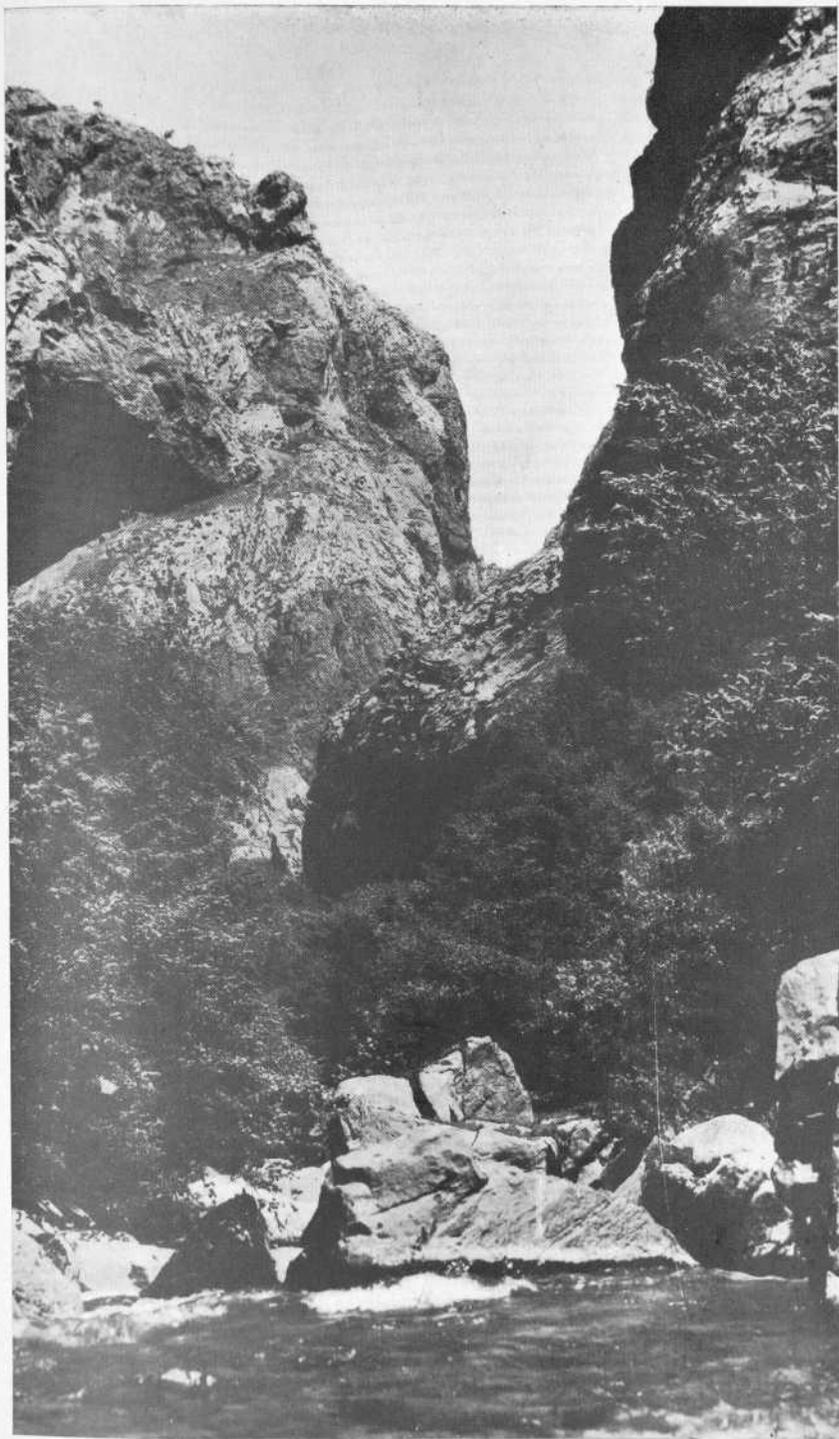


UN PUENTE EN EL ABISMO  
Y  
LAS HOCES DE CAIN

UN PUENTE EN EL ABISMO

Y

LOS HOGES DE CAIN



La Hoz (Camino de Caín).—Posada de Valdeón



EL sendero se torna ahora abrupto y pedregoso y nuestras caballerías, en un alarde del absoluto dominio que poseen para franquear estos abismos, redoblan su atención y agudizan sus instintos para pisar firme ante tantos accidentes del terreno.

El asno es un animal inteligente que anda mucho mejor que nosotros y que no yerra ni uno de sus pasos; tantos son sus conocimientos en esta materia de sortear los obstáculos y peligros que se ofrecen a su paso.

Las hoces de Caín son un desfiladero imponente, estrecho, curvo y profundo que forma verdaderas escotaduras o abismos entre las vertientes casi verticales de las montañas de los Pirineos Cantábricos.

Sobre el borde de este temible desfiladero, en cuyo fondo se desliza el curso del río Cares, tenemos que ir cabalgando, colgados de la roca viva, por un tortuoso y estrechísimo sendero.

A nuestros pies, la garganta del rumoroso torrente del río, alcanza profundidades de veinte y treinta metros, llegando, en algunos lugares, a pasar de los setenta.

Ni las hoces, de formación cretácica, pertenecientes a la era paleozoica, de Cazorla y Segura, tan celebradas por casi todos los geólogos del mundo; ni las de la misma formación, tan notabilísimas, de Cuenca, correspondientes a la jurásica y eocénica, de la edad terciaria; ni siquiera las tan conocidas de Viniés, en la carretera de Berdún a Ansó (Huesca); y ni aun las mismas de Lumbier por cuyo fondo pasa el ferrocarril eléctrico de Pamplona a Sangüesa, se le pueden comparar.

Son estas hoces de Caín, verdaderas maravillas del arte rupestre, espléndidos y singulares caprichos de la madre Naturaleza, ante los cuales se extasía el espíritu del turista, sintiendo todo el fragor de los grandes abismos y la multiforme y sonora sinfonía de las gargantas y desfiladeros salvajes que, abiertos por la mano de Dios, en las alturas de las sierras y las simas de los profundos valles, nos están recordando, en todo instante, la deleznable miseria de nuestra humana pequeñez, y recreando el alma con la suprema hermosura de sus ingentes picachos que, en solitarias moles de dentado y agudo perfil, se alzan cual los encajes y filigranas de las más bellas, luminosas y resplandecientes cresterías del mundo...

Sus blancas, lisas y cortadas peñas, que se fueron plegando y dislocando bajo la presión oblicua que recibían de las fuerzas mecánicas de la Naturaleza, hasta romperse en capas y estratos superpuestos que más tarde se elevaron al cielo, como una súplica de amor y de dolor, para mostrar sus entrañas fecundas y vírgenes y darnos generosamente las inagotables canteras de roca caliza metalífera y sus lagunas de esquistos, en apretados haces, forman sobre el "relieve de la mi tierra", del ingenioso y brillante escritor leonés que firma en "El Diario de León" con el pseudónimo de "Guzmán", un magnífico y poderoso ejército de colosales gigantes que custodian y velan la independencia de la Patria y el honor purísimo, immaculado, de los heroicos y abnegados hijos de los valles de Valdeón...

Hemos llegado a un bello lugar donde sobre la escarpadura de la roca se corta el sendero que venimos recorriendo y aparece ante nuestros ojos el prodigio de un puente natural tendido sobre el abismo.

Es algo asombroso que cautiva el ánimo del viajero y suspende nuestras almas en la más bella contemplación.

Diríase como si una gran roca, desprendida de la altura de las gigantescas montañas que forman los Picos de Europa, hubiera ve-

nido a caer sobre esta hoz, o desfiladero de Caín, para tender un puente natural sobre la garganta del río Cares y posibilitar el paso entre ambas márgenes.

Cuenta la tradición que un viajero que cruzaba montado a caballo sobre este puente natural se precipitó en el abismo con su cabalgadura, sin que al caballero ni al noble animal, les ocurriera el menor daño...

Dícese también que el referido caballero, cuando sufrió el percance, se encomendó en aquel instante, mentalmente, a la Madre de Dios, la Virgencita de la ermita del valle, que recibe el nombre de Nuestra Señora de Corona...

Nos santiguamos al pasar el puente natural que hay tendido sobre el abismo en las hoces de Caín y cuando llegamos a la margen derecha del río Cares, una nueva y gratísima sorpresa se ofrece ante nuestra vista.

Dos enormes peñascos, caídos por la acción de la gravedad en la margen derecha del río, forman un corto túnel y una lindísima gruta, de cuyas paredes y grietas, abiertas por la acción denudadora de las lluvias, cubiertas de musgo y de verdín, cuelgan blancas y primorosas estalactitas...

Vuelve ahora de nuevo a ensancharse el desfiladero que acabamos de atravesar y entre las abruptas y escarpadas rocas que, rodeadas de rica y feraz tierra, cubierta de espléndidos y magníficos sembrados y frondosos y hermosos árboles, forman una suave y pronunciada pendiente, Caín aparece en el fondo del valle...



CAIN APARECE  
EN EL  
FONDO DEL VALLE





Caín, visto desde el Pando



**C**ONTEMPLADO desde la altura en que nos encontramos, Caín, con su pintoresco y lindo caserío, situado en la margen izquierda del río Cares, asentadas sus viviendas al pie de las montañas del macizo occidental de los Picos de Europa, cuyas estribaciones forman un hondo y abrigado valle, se nos antoja un apartado y solitario refugio, donde sus moradores, entregados a las faenas del campo y al cuidado de sus hijos y de sus ganados, viven una vida patriarcal, arcádica y feliz.

Gústanos recrear nuestros espíritus, en esta hora de sol, en que, enseñoreados de la gran extensión que se ofrece a nuestra vista, contemplamos melancólicamente las laderas de estas montañas sobre las que abundan peladas rocas y enormes ventisqueros, y en las que las avalanchas de la nieve y las depresiones del terreno, han ido formando "graveras" y "cascajeras", por las que se deslizan enorme cantidad de piedras.

Hemos detenido el paso de nuestras cabalgaduras para admirar

mejor el áspero y pedregoso paisaje que se ofrece ante nuestros prismáticos, alternando con ricas y productivas tierras de labranza y frondosos nogales, hayedos y tilos, que crecen espléndidamente en las orillas del río.

Coronando este agreste valle, álzanse ante nuestros ojos los altos picachos de los grandes macizos central y occidental que aquí se han separado para formar esta espaciosa hondonada, como un ensanchamiento provisional que, más lejos, siguiendo la misma línea de montañas, habrá de volver a estrecharse para continuar la gigantesca hoz, o impresionante desfiladero de Caín, que pone en comunicación, através de tan retorcido y profundo paso, el último pueblo de los Valles de Valdeón, con Asturias y Santander...

El sol dora las cumbres y las suaves laderas, dejando filtrar, a través de las finísimas aristas de los altos picachos del macizo occidental, que fingen absurdas y espectrales fantasmagorías, intensos haces de dorada y resplandeciente luz que besan nuestras sudorosas y cansadas frentes, inundando el valle de radiante y hermosísima claridad.

Columbramos a lo lejos un sendero, el mismo por donde hemos venido, que serpentea, a todo lo largo de la ladera de la montaña en que nos encontramos, en pronunciadísimos y ondulantes zig-zás, y lamiendo las dos vertientes del valle, pasa por un rústico puente, a considerable altura del cauce del río Cares, hasta perderse en el caserío que se dibuja a la entrada de Caín...

En la lejanía, y en un recuesto de la montaña de la margen derecha del Cares, cabe un risueño y frondoso bosque, divisamos los blancos molinos, que, con Don Quijote y Sancho, nos recuerdan la aventura de los batanes.

Recortan éstos sus graciosas siluetas sobre el fondo luminoso y radiante del cielo, y las ásperas y peladas rocas, como albas palomas del ensueño o una alegre y pintoresca bandada de crotoradoras cigüeñas que acabaran de posarse en las faldas de las colinas y el verde húmedo y jugoso de los cencidos campos...

Permanecemos extasiados durante un buen rato en nuestra contemplación, y caminamos a pie por esta pronunciadísima pendiente.

Se han dividido las opiniones entre el grupo de excursionistas, queriendo descender unos por el sendero que conduce a Caín, al paso que otros, conocedores de los deliciosos lugares que existen en su margen derecha, junto a los molinos, opinan que debemos

continuar por el mismo camino hasta llegar a un hermoso bosquecillo que desde aquí se divisa, donde pudiéramos almorzar.

El día es delicioso y por donde quiera que dirijamos la mirada, nuestros ojos topan con espléndidos paisajes y maravillosos panoramas que se extienden hasta las altas cumbres y las lejanas y resplandecientes cresterías de los Picos de Europa.

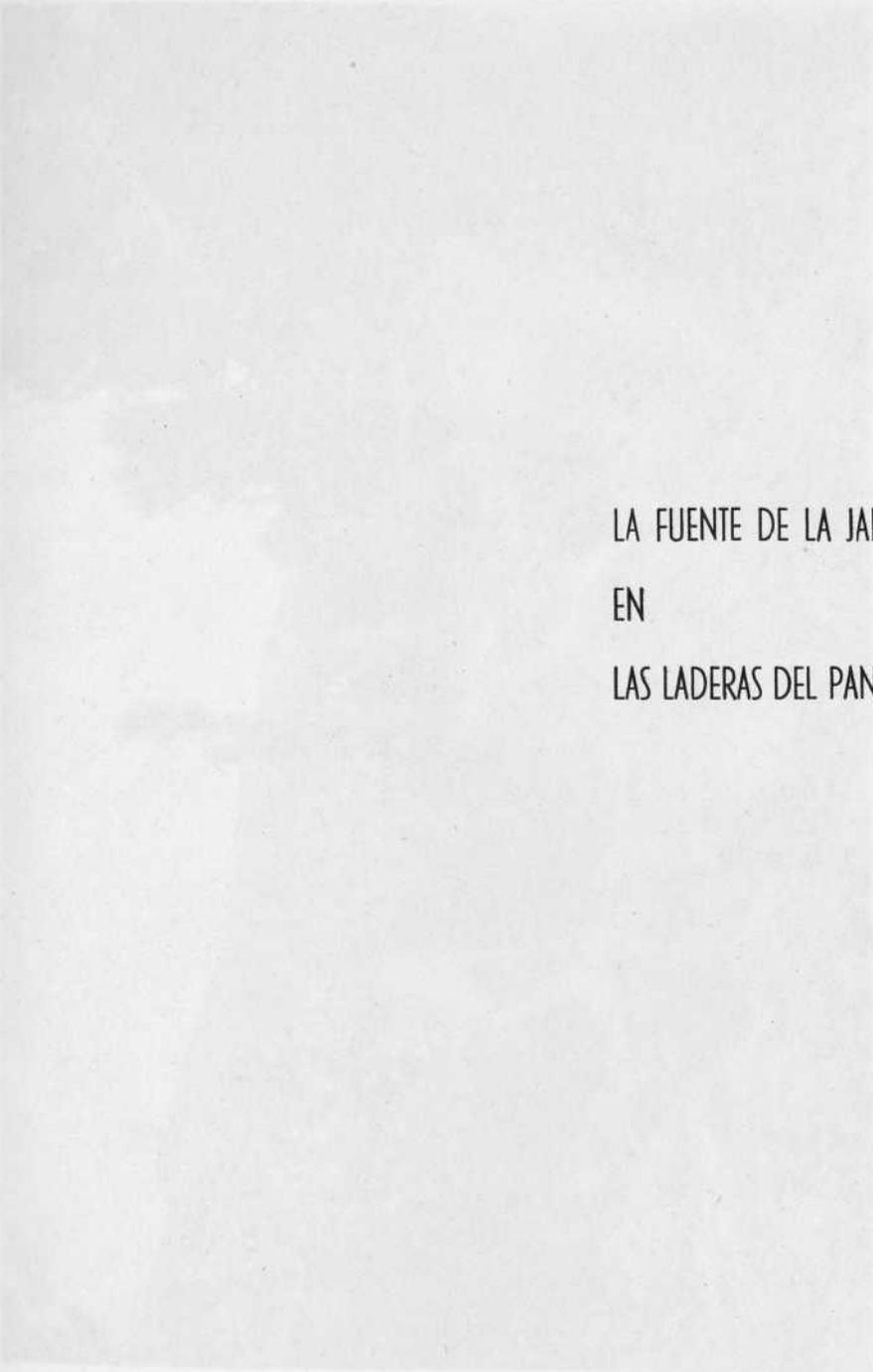
En verdad, nos sentimos compensados de las molestias y fatigas de nuestro viaje a través de uno de los parajes más bellos y encantadores del mundo, con abundantes y rumorosos ríos, y risueñas y apacibles campiñas y acogedores y gratos arbolados, que cantan en nuestro corazón la más bella canción de amor y la más tierna y apasionada de las endechas provenzales...

La antigua Provenza del romanticismo, la que en el siglo XIX, con Mistral y sus dulces trovadores recorrió el mundo haciendo florecer un período de la más rica y espléndida literatura, canta ahora en nuestros oídos, con dulce acento musical y melodía de guzlas y de rabeles, la más dulce y melancólica de las canciones de la Naturaleza...

Casi a los pies de la falda de la montaña, donde nos encontramos ahora, tapizada de lindas flores y de verde césped; risueña y feraz como las más fecundas tierras y deleitosos campos de la ribera del Esla, escúchase el melancólico rumor y dulce acento arrullador de una clara y cristalina y fuente que nace en la misma entraña de las laderas del Pando.

Es la fuente de la Jarda, tan visitada y estimada por propios y extraños, que fluye alegre y cantarina por las hendiduras de la roca, regando el valle y lamiendo la suave falda de la montaña, para ir a morir al lecho principal del río Cares...



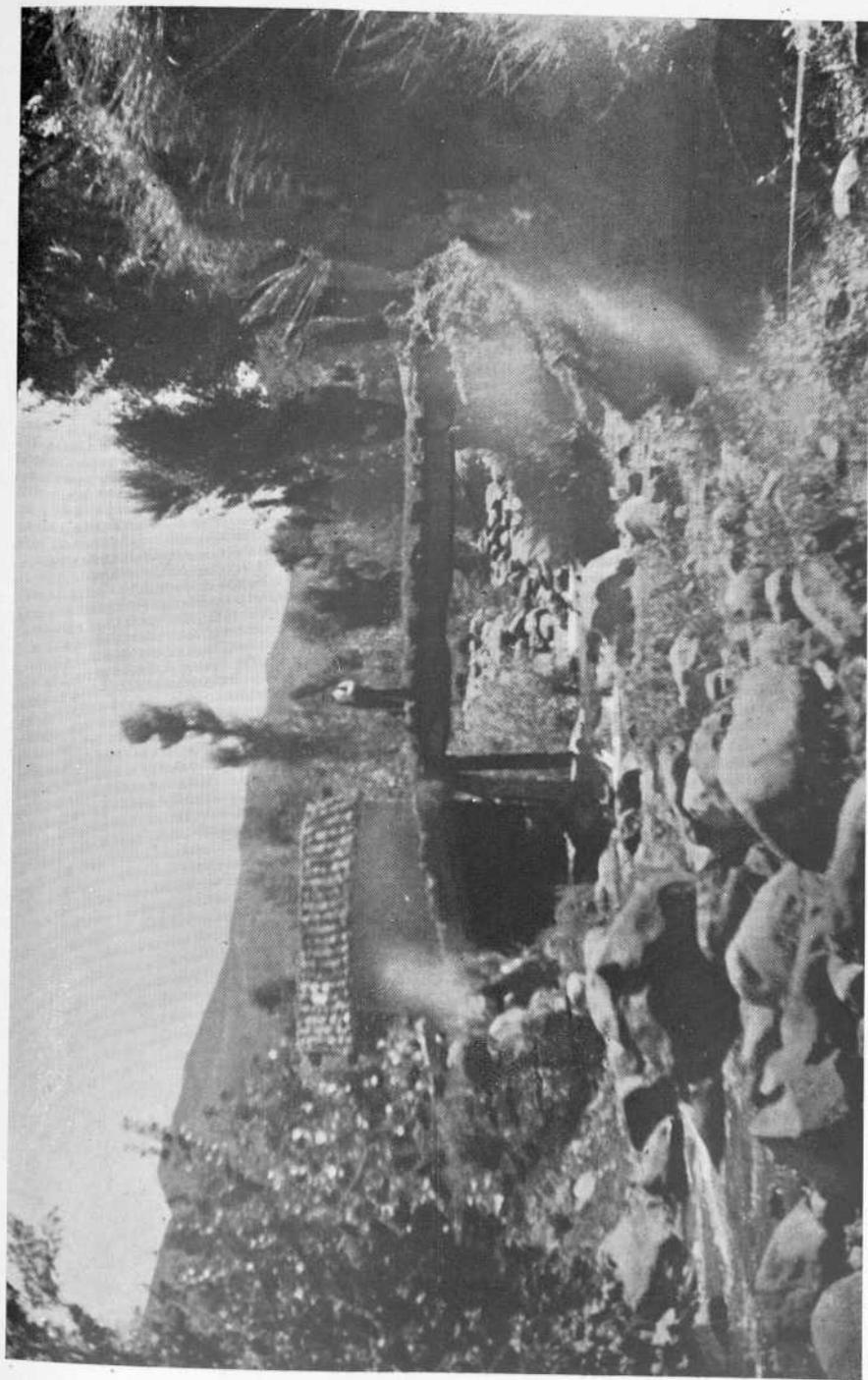


LA FUENTE DE LA JARDA  
EN  
LAS LADERAS DEL PANDO

LA FUENTE DE LA JARDA

EN

LAS LADERAS DEL PANDO



El puente antes de llegar a Cain, bajando del Pando



una destreza y habilidad que para sí quisieran muchos esculpidistas  
cincenses y los más hábiles esculpidores de montaña.  
Este esculpidor se acuerda los cuernos en "escaldas" pro-  
digiosas, que le permiten conocer dentro a palma la mayoría de  
éstos lugares, y escuchar desde la altura los mil y mil ruidos mis-  
teriosos de la Naturaleza.

"Hasta allí —nos dice, señalando con el índice una pedregu-  
ñada que se contempla desde el valle en una de las montañas  
que componen el macizo occidental, y que aparecen cubiertas de un  
suave manto de verdura y de pedreguños apusos—, yo subí no hace  
mucho tiempo, y dejé grabado, esculpido, mi nombre sobre la roca  
viva..."

Debemos hasta reconocer en los cristallinos aguas de la fuente,  
y en cada succión que realizamos, con los labios apicados sobre  
la superficie de tan claro y delicioso manantial, nos sentimos refri-  
gerados y aliviados de nuestra calor y ardiente sed, considerándonos  
dichosos y felices en medio de la apacible soledad y dulce tranquil-  
lidad que se disfruta en tan amenas y paradisíacas valles.

Sentimos una profunda e infinita tristeza al tener que abandonar  
tan bello y hermoso rincón de la montaña, para continuar nuestro  
camino, tras a lo lejos, y como una recordadora invitación a prose-  
guir nuestro viaje, éyanse los estupearidos golpes del agua sobre los  
molinos de Caim.

**A**HORA, la más intrépida de las amazonas es la señorita Joa-  
quina Fernández, de Madrid, que, seguida de sus bellas y  
encantadoras amigas Josefina y Marisa, inicia el descenso por las  
laderas del Pando.

En un instante han llegado al borde de la fuente, que nace  
entre las peñas, en la mitad, o un poco más abajo, de la ladera,  
y, arrodilladas sobre el verde césped, saborean las deliciosas aguas.

Palmotean y ríen al pie de la fuente, como esos niños que,  
después de haber dado cima a sus travesuras, se muestran orgullo-  
sos de sí mismos y de las proezas realizadas.

Nos sentimos animados ante el ejemplo de las jóvenes, y uno  
a uno, todos vamos descendiendo ladera abajo, hasta encontrarnos  
reunidos de nuevo en torno de la rumorosa fuente.

Al descender por las laderas del Pando nos sorprende, con sus  
extraordinarias facultades físicas, el sacerdote del lugar, que se mueve  
con la agilidad de un gamo y sortea las dificultades del terreno con

una destreza y habilidad que para sí quisieran muchos equilibristas circenses y los más afamados escaladores de montaña.

Está acostumbrado a ascender las cumbres en "escaladas" prodigiosas, que le permiten conocer palmo a palmo la mayoría de estos lugares, y escuchar desde la altura los mil y mil ruidos misteriosos de la Naturaleza.

"Hasta allí —nos dice, señalando con el índice una pequeña oquedad que se contempla desde el valle en una de las montañas que componen el macizo occidental, y que aparecen cubierta de un suave manto de verdura y de pequeños arbustos—, yo subí no hace mucho tiempo, y dejé grabado, esculpido, mi nombre sobre la roca viva..."

Bebemos hasta saciarnos de las cristalinas aguas de la fuente, y en cada succión que realizamos, con los labios aplicados sobre la superficie de tan claro y delicioso manantial, nos sentimos refrigerados y aliviados de nuestro calor y ardiente sed, considerándonos dichosos y felices en medio de la apacible soledad y dulce tranquilidad que se disfruta en tan amenos y paradisíacos valles.

Sentimos una profunda e infinita tristeza al tener que abandonar tan bello y hermoso rincón de la montaña, para continuar nuestro camino, mas a lo lejos, y como una acariciadora invitación a proseguir nuestro viaje, óyense los estruendosos golpes del agua sobre los molinos de Caín.

Los asnos, que han quedado en lo alto del camino, y que, a pesar de la considerable carga que portan sus alforjas —nuestra comida y merienda— pastan tranquilamente, se han ido alejando de nuestro lugar, y ahora rebuznan insistentemente, impacientes por llegar a Caín, término de nuestro viaje...

Don Pedro Porrallo, médico titular de los valles de Valdeón, que forma parte del grupo excursionista, y que ha venido deleitándonos con sus cultas y amenas charlas científicas, y que desea hacer la visita a sus enfermos de Caín, nos pide, muy amable y gentilmente, que apresuremos nuestra marcha, porque tiene mucho interés en ver a un enfermo grave, con un muñón infectado, al que urgentísimamente tiene que operar...

Continuamos nuestro camino hacia el frondoso bosquecillo de tilos y nogales que se divisa allí, junto a las estribaciones del macizo central, en medio de alegres y risueñas campiñas, bellos molinos y claros y murmurantes arroyos...

La refacción, en un lugar tan apacible y sombreado, bajo la caricia suave y verdegueante de los añosos y centenarios árboles, promete ser deleitosa e inolvidable, y ante tan bella perspectiva aceleramos el paso para celebrar nuestro almuerzo, junto a los molinos de Caín.

EL ALMUERZO  
JUNTO AL MOLINO  
DE CAÍN







**H**EMOS entrado en el primer molino que está a nuestro lado, junto al bosquecillo de robles y nogales. Está parado, sin movimiento alguno, y muestra su tolvera y muela de piedra, maciza, redonda, circular. Pasados breves instantes, se presenta una señora de manos y faz enharinadas que nos saluda muy afable y ceremoniosamente: "¡A la paz de Dios, señores...! ¿Viendo el molino, verdad? ¡Buenas tardes...!", y echa a andar el molino, que ahora nos muestra, con su muela trituradora dando vueltas, ese polvo finísimo, blanco como la leche y suave como el terciopelo, que desciende de la tolvera para caer, convertido en riquísima harina de trigo, sobre el canalón y depósito circular que está colocado sobre las tablas del pavimento del agreste y pintoresco molino...

Es Beatriz, la molinera de Caín, que, apenas ve al sacerdote que viene en nuestra compañía, se dirige a él para decirle: "A propósito, don Juan, me alegro mucho de verle. Un día cualquiera de esta semana, llevaremos a su parroquia de Posada de Valdeón los

dos niños recién nacidos que hay en el pueblo, para que los bautice...".

Y el sacerdote le responde: "¡Ah!, muy bien, señora Beatriz, hace ya varios días que los estoy esperando...".

Y la molinera de Caín, que es madre de uno de estos dos niños, nos ofrece, cordial y generosamente, su humilde y modesta casa...

Nos despedimos muy cariñosamente de esta amable y bondadosa señora para comenzar nuestro almuerzo junto al molino de Caín.

El grupo de excursionistas se halla ahora sentado sobre la suave ladera, bajo la grata sombra de los árboles y al arrullo ensoñador de los cantarines riachuelos...

El molino, a nuestra derecha, acaricia nuestros oídos con el sonete del monótono rodar de la muela, que es como una bella canción oriental, o una dulce cantinela, que enerva nuestras almas y adormece nuestros sentidos...

El almuerzo, junto al molino de Caín, se desliza en un ambiente gratísimo, inolvidable, de noble amistad y sincera camaradería, riendo y charlando y comiendo, opíparamente, todos, hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños, que forman sobre la verde alfombra de la pradera, un esforzado y aguerrido grupo de dieciséis arrojados y valientes alpinistas...

Caín de Arriba y Caín de Abajo, aquél colgado de las abruptas y escarpadas rocas que forman el macizo occidental de los Picos de Europa, como un nido de águilas, y éste, escondido en un hondo valle que forman las vertientes de dos montañas, se nos antojan, en esta hora maravillosa de luz y de color, de armonía y de ensueño, de esparcimiento y de solaz, como dos bellos y paradisíacos pueblos.

Caín, contra lo que, injustamente, se ha dicho y escrito, pintándole como un lugar inaccesible e inhabitable, lo mismo para los turistas y viajeros que llegan de lejos para admirarle y visitarle, que para los naturales y habitantes de este solitario pueblo, es una aldea campesina, dulce y deleitosa, pacífica y tranquila, donde no se despeña nadie, ni hay que realizar extraordinarios equilibrios para extasiarse contemplando sus magníficas bellezas naturales, y donde sus sufridos moradores, casi todos parientes, viven, como Dios manda, cristianamente, en perpetua vida de laboriosidad y de honrado trabajo, entregados al cuidado de sus tierras y ganados, y a la instrucción y educación de sus pequeñuelos...

Finalizado el almuerzo, menudean las risas y las bromas y se

cantan melancólicas y sentidas canciones, alusivas a la montaña, proponiendo, uno de los excursionistas, vadear a pie el río Cares.

Aceptada unánimemente y aplaudida por todos la idea, nos disponemos a pasar a la otra orilla, que es donde está el pueblo de Caín.

Cada uno de los excursionistas busca el modo de atravesar la corriente apoyado en los grandes peñascos o pequeños guijarros que aparecen ocupando los lugares más destacados del cauce y que cortan, como una rompiente, el impetuoso curso de las aguas; y unos tanteando las bases y los puntos de apoyo que les brindan las rocas, y otros sorteando los lugares profundos que ofrecen más peligro, realizan los más difíciles y diversos equilibrios para llegar a la otra orilla.

Después de vadeado el río, sin el menor accidente, nos adentramos, campo traviesa, en el corazón del pintoresco y bello pueblecito de Caín, y los pueblos de Asturias y Santander, y del salto de agua que la "Electra de Viesgo, S. A.", ha creado para el abastecimiento de flúido eléctrico, entre ambas regiones, y, entusiasmados ante la descripción que nos hacen, emprendemos la marcha, para admirar los prodigios de estas obras de atrevida ingeniería, hacia el salto de agua en la roca viva de las montañas de Caín.



EL SALTO DE AGUA  
EN LA ROCA VIVA  
DE LAS MONTAÑAS DE CAIN

Los dos grandes ríos de la zona, el río de la Roca Viva y el río de la Roca Muerta, se unen en la Roca Viva, donde se forma un salto de agua que cae en cascadas sobre una roca viva.

Seguimos a pie, cuando nos encontramos con un río que cae en cascadas sobre una roca viva.

Una vez llegados al pie de la montaña, encontramos un lugar al nacimiento del río de la Roca Viva, que cae en cascadas a través de una gran roca viva. El río de la Roca Viva, que cae en cascadas a través de una gran roca viva, es el mismo río que cae en cascadas a través de una gran roca viva.

Así, a la altura en que nos encontramos, el río de la Roca Viva cae en cascadas sobre una gran roca viva. El río de la Roca Viva, que cae en cascadas a través de una gran roca viva, es el mismo río que cae en cascadas a través de una gran roca viva. El río de la Roca Viva, que cae en cascadas a través de una gran roca viva, es el mismo río que cae en cascadas a través de una gran roca viva.



LOS dos grandes macizos han vuelto a estrecharse y la garganta del Cares tiene que penetrar por la hoz más retorcida y profunda de todas cuantas hemos podido admirar a todo lo largo de nuestro viaje.

Seguimos a pie, puesto que el nuevo camino que vamos a recorrer es impracticable para las mismas caballerías.

Una vez llegados al pie de las gigantescas montañas, donde tiene lugar el nacimiento del salto de agua, tenemos que descender a través de unas toscas escalinatas de piedra metalífera, que conducen a un puente construido de la misma materia, tendido sobre el Cares.

Aquí, a la altura en que nos encontramos, es donde, aprovechando un desnivel del terreno, es decir, perforando la roca viva, en un plano de más bajo nivel que la corriente del río, se ha desviado su curso, haciendo penetrar las aguas por un túnel labrado en la base de la montaña, produciendo el famoso salto de agua que alumbrá nuevas fuerzas que surten de energía eléctrica a las provincias de Asturias y Santander.

La conducción de aguas se verifica a todo lo largo de un túnel oculto a nuestros ojos que corre paralelo a una especie de pretil de la montaña, que es el que ahora vamos recorriendo, abierto unas veces y otras labrado sobre la roca viva, en forma de pequeños túneles por donde se filtran las aguas de rezumamiento de las grietas y hendiduras de las peñas, y nosotros caminamos un poco temerosos del peso de estas enormes masas de piedra que parece van a derribarse sobre nuestras cabezas.

De vez en vez nos asomamos a la garganta del Cares, cuyo curso, escaso por la desviación de las aguas, se desliza gembundo y doliente por el fondo del profundo abismo que se tiende a nuestros pies y se pierde en el desfiladero u hoz que penetra más adentro del corazón de las montañas.

Hay en este desfiladero profundidades de más de setenta metros que ponen espanto y pavor en el ánimo mejor templado y simas insondables, cuya contemplación produce escalofríos de terror en el espíritu de los turistas.

A nuestra derecha, y para hacer más espantable aún el precipicio y la sensación de temor que nos inspira el caminar por la excavada roca, enormes y gigantescas masas de piedra que constituyen el macizo central con su verticalidad impresionante, parece que se mueven con un desplazamiento horizontal amenazando con sepultarnos en los abismos del desfiladero.

Al fin llegamos a una especie de represa o pequeño pantano, en forma cuadrilátera, que se abre al término de nuestra galería, y donde el aire se hace más respirable y podemos contemplar, en un ensanchamiento de la hoz, el cielo azul, purísimo y maravilloso, y las verdes y risueñas campiñas, tan soñadas y acariciadas por nuestras almas de poetas.

Después de un breve respiro, continuamos nuestra excursión a través de un sendero abrupto y pedregoso, siguiendo el camino que penetra en el desfiladero de las montañas que ahora vuelven a estrecharse para ofrecer el panorama más bello y dramático que jamás han podido contemplar ojos humanos.

A lo lejos, y colgando de gruesos cables de acero, que se afirman empotrados en las entrañas de las rocas, vése un puente colgante de traza rudimentaria, sin más base de sustentación para el turista que unas tablas que le sirven de suelo y unos alambres con travesaños, también de madera, verticales, que hacen a modo de ba-

randilla, balanceándose al menor contacto y sometido, ante el soplo del viento, a un constante vaivén.

Por este puente colgante, abracadabrante y misterioso, cuyo secreto debe consistir en poseer la varita mágica y saber pronunciar las misteriosas palabras de los cuentos orientales de "Las mil y una noches", el "sésamo ábrete", de los magos persas y de los faquires, encantadores de serpientes, de la India, o el misterioso "elixir del más allá" que abre las puertas de la vida, y que tanto empavorece el ánimo de los excursionistas, tenemos que pasar, si queremos conocer hasta el final el curso de ese salto de agua que tiene su magnífica y poderosa central en Camarmeña.

EL PUENTE COLGANTE  
QUE EMPAVORECE EL ANIMO  
DE LOS EXCURSIONISTAS



## EL PUENTE COLGANTE QUE EMPAVORECIO EL ANIMO DE LOS EXCURSIONISTAS

PARA esta hoy que comienza de vos...  
primero, el paso a través del puente colgante...  
noro de la Campa, de León, don...  
los pullos y el corazón entero, con paso sereno y decidido...  
gusto que se bombuso, en medio del...  
de las circunstancias.

Se ha dicho muchas veces que...  
virtudes y defectos coligados, cury...  
con ellos, guardan estrecha relación...  
personas que los poseen.

Cuando Julio César, antes de...  
y atravesar el Rubicón, pronunció...  
"la suerte está echada", sus...  
cavara sobre los dulces...  
y avallacar.

Del mismo modo, cuando...  
de Agustín Sanjiao se operó...  
dicho, afilado y veloz, en la...  
de la vida.



PARA esto hay que armarse de valor, y uno de los que inician primero el paso a través del puente colgante, es el Sr. Ingeniero Jefe de la Campsa, de León, don Bernabé Iglesias, que, firmes los pulsos y el corazón entero, con paso sereno y decidido, cruza el puente, que se bambolea, en medio del asombro y la admiración de los circunstantes.

Se ha dicho muchas veces que, tanto el miedo como el valor, son virtudes y defectos contagiosos, comunes a todos los pueblos y que, con ellos, guardan estrecha relación los estados emocionales de las personas que los padecen.

Cuando Julio César, antes de lanzar sus legiones sobre Roma y atravesar el Rubicón, pronunció su célebre frase: "Alea jacta est", "la suerte está echada", sus soldados se estremecieron de valor y cayeron sobre las dulces tierras de Italia como un alud incontenible y avasallador.

Del mismo modo, cuando, en la memorable batalla de Clavijo, el Apóstol Santiago se apareció a los ejércitos cristianos para infundirles aliento y valor, en lo más recio de la pelea, y los moros, es-

cucharon el grito de guerra de los generales españoles: "Santiago y cierra España", presa de un indescriptible pánico, huyeron a la desbandada...

Así, ante el ejemplo de serenidad y valor dado por uno de los más valerosos excursionistas, todos nosotros, como movidos por un resorte, sin titubeos ni vacilaciones, pasamos el puente colgante que oscila y se tambalea, como un borracho, bajo el peso de nuestros cuerpos.

El vacío que se ofrece a nuestros pies, en la garganta del Cares, alcanza una profundidad de casi los cien metros, y el vértigo de Menière, con sus zumbidos de oídos y su mareo característico, parece que se ve impreso en todos los rostros y se siente en las palpitaciones y jadeos de todos los corazones...

Las mujeres han dado un alto ejemplo de valor, arrojándose las primeras en brazos del puente de la muerte y sonriendo serenamente a su llegada a la otra margen, con ese estoicismo y esa clásica elegancia de las mujeres fuertes del Evangelio, o de las intrépidas y guerreras Amazonas de Esparta...

Mientras nosotros seguimos impávidos nuestro camino, el puente colgante queda allí, meciéndose en el vacío, como un trampolín de la muerte, o un trapecio trágico del circo, o como un avión ligero que acabara de "doblar el rizo"...

Nosotros, con las cabezas vueltas hacia atrás, aún le miramos de vez en vez como los aeronautas Capiñarri y Vedrines miraban al globo cautivo que les llevara por primera vez a una de esas remotas y arriesgadas aventuras, a través de los aires, de las que salieron ilesos por un milagro de la Divina Providencia...

Cuéstanos creer que hemos de repetir la hazaña y, sin embargo, a nuestro regreso, habremos forzosamente de tener que volver a mecernos en el espacio azul...

Ya estamos de nuevo en la margen derecha del Cares, y ahora el desfiladero comienza a ensancharse ofreciendo una más dilatada y halagadora perspectiva.

A unos trescientos metros de nosotros, y en medio de un risueño y pintoresco valle, aunque, como siempre, rodeado de las ingentes moles que constituyen los Picos de Europa, como una bella estampa de los modernos y atrevidos puentes que unen los extrarradios de la ciudad monstruo de Nueva York, aparece ante nuestros ojos el puente de Bolin.

## LA MARAVILLA DEL PUENTE DE BOLIN

HEMOS dicho que la "Eterna de Viage S. A." se ha encargado de su estudio y realizó los pertinentes obras de obra de ingeniería con el objeto de agua en la zona viva de las montañas de León y la magnífica instalación de una planta central eléctrica, de Caceres, lugar de la provincia de Orense, en el Municipio de Castella, ante de energía eléctrica a las provincias de Asturias y Salamanca. Para ello, con ser una obra magna de una envergadura colosal, no lo es tanto si se considera que hay que darnos cuenta de que, en una de ejecución, tales trabajos han sido ya consumados, y sus datos por objeto y finalidad establecer los correspondientes por conductos entre León, Asturias y Salamanca.

Hoy día, el Presidente de la provincia de León, que goza dignamente el título de jefe de estado en el ámbito de las montañas, cada provincia, a cargo de los señores, Castellanos, ha permanecido incansablemente por una buena parte de su vida en la zona



**H**EMOS dicho que la "Electra de Viesgo, S. A.", es la empresa que acometió y realizó las portentosas obras de atrevida ingeniería que, con el salto de agua en la roca viva de las montañas de Caín, y la magnífica instalación de una poderosa central eléctrica, en Camarameña, lugar de la provincia de Oviedo, en el Municipio de Cibrales, surte de energía eléctrica a las provincias de Asturias y Santander.

Pues bien, con ser esta obra magna de una envergadura colosal, no lo es tanto si se considera que hay otra obra gigantesca, en vías de ejecución, cuyos trabajos han sido ya comenzados, y que tiene por objeto y finalidad establecer las comunicaciones por carretera entre León, Asturias y Santander.

Hasta ahora el Nordeste de la provincia de León, que geográficamente es como una lanza clavada en el corazón de las mencionadas provincias, a causa de los Pirineos Cantábricos, ha permanecido incomunicado por una barrera natural que le oponen los Picos

de Europa, siendo esta la razón de un forzado aislamiento que obliga a los naturales de ambas provincias a dar un largo rodeo para visitarse mutuamente en sus relaciones amistosas de comercio y vecindad.

Para obviar estos inconvenientes, y después de un penoso y concienzudo trabajo de estudio sobre el terreno y de preparación de las obras sobre los planos y mapas de esta zona, llena de relieves y de la peculiar orografía de sus montañas, se ha hecho el trazado de una carretera magnífica, de segundo orden, que, partiendo de la provincia de Oviedo, atravesará, sobre la roca viva de los Picos de Europa, excavada en el saliente de la margen derecha del Cares, este imponente y gigantesco desfiladero, hasta llegar al puerto de Pandetrave.

Ya están en marcha los trabajos de excavación de la roca viva, en algunos de cuyos lugares hemos visto perforaciones que, con suma habilidad y maestría, se van practicando por la línea inferior de donde pasará la carretera, a los fines de empotrar los vigones de hierro que habrán de servir de base y sostén para la instalación de una bellísima, útil y provechosa salmonera.

Así, cuando las exquisitas y sabrosísimas truchas remonten, para el desove y la recría, el curso del río, podrán ir ascendiendo, contra corriente, como es su costumbre, por la salmonera o truchera, dejando a un lado el cauce del Cares con sus maravillosas obras de ingeniería.

Acabamos de llegar al moderno y bien construído puente de Bolin, que une ambas márgenes del Cares, y que se levanta soberbio sobre un solo arco que realza aún más, si cabe, la graciosa silueta de sus bellísimas e impecables líneas arquitectónicas.

El Director General de Turismo, don Luis Bolin, donó a la empresa "Electra de Viesgo, S. A.", la cantidad de diez mil pesetas para la construcción del puente de Trea, en la garganta del Cares.

Esta fué la razón para que a este hermoso puente, construído con todos los adelantos modernos, se le bautizase con el nombre de "Puente de Bolin".

La modernidad de sus bellísimas e impecables líneas y la factura de su construcción, son de tal elegancia y solidez, están tan linda y primorosamente terminadas, que el turista se extasia contemplándolo, a esta hora divina del atardecer en que el sol resplandece, con fulgores sangrientos, besando sus piedras calcinadas y dibujando,

sobre su único arco y hermosos barandales, los más sutiles y caprichosos arabescos...

El crepúsculo vespertino asoma su faz ancha y polícroma, y, con la paz geórgica de los campos y la deliciosa música del Cares, nos trae de allá, en la lejanía, el dulce acento y los sonoros ecos de la balbuciente y temblorosa campanita que toca el Angelus...

Tenemos que regresar a Posada de Valdeón, donde hemos dejado esperándonos a nuestro gran amigo don Filemón de la Cuesta, y son once kilómetros los que nos separan, contando desde Caín.

En medio del mayor entusiasmo y de la más pura y santa alegría, el grupo excursionista emprende el regreso a Caín, a través de estos profundos abismos, rumorosas gargantas y alucinantes y espantables desfiladeros...

Durante el camino, echamos de menos a nuestros compañeros de fatigas y trabajos, conllevadores de nuestras alegrías y miserias, los sobrios y sufridos jumentos, que tan paciente y resignadamente, soportan la carga de nuestros cuerpos, y aceleramos el paso para que la noche no nos sorprenda en estos escarpados y abruptos lugares de la brava serranía.

Media hora después, estamos en Caín, donde un grupo de benditas y santas mujeres, acompañadas de sus esposos e hijos, que se muestran obsequiosos, generosos y hospitalarios, nos esperan con nuestras caballerías preparadas para el regreso a Posada de Valdeón.

En el momento de partir se nos acerca una noble y cariñosa anciana que desea obsequiarnos con un presente que ella ha guardado durante sus treinta años de viudedad, como recuerdo preciadísimo de los felices tiempos en que vivía su marido, y no estaba, como ahora, prohibida la caza del rebeco...

Es una preciosísima cabeza de rebeco disecada, con sus erectos y puntiagudos cuernos negros, encorvados en sus puntas, en forma de gancho, que nosotros conservaremos como un recuerdo inolvidable mientras vivamos de aquella noble y virtuosa anciana que, teniendo enfermo un nietecillo muy amado, que se le moría de calenturas, nos llamó a la cabecera de su lecho, en su blanca y pintoresca casita de Caín, para que le visitáramos y le diéramos nuestra opinión médica.

"Está mejor, señor médico —nos decía, entre lágrimas y suspiros—, está mejor y no se me morirá, ¿verdad...?"

Entonces nosotros vimos brillar en aquellos ojos tristes y cansados y apagados por el insomnio y el sufrimiento de la pobre abuelita, un raudal de preciosas lágrimas de amor que, como gotas de rocío temblando en el cáliz de una flor, habíamos visto tantas veces brillar en los ojos dulcísimos y misericordiosos de Nuestra Señora la Virgencita de la ermita de Corona...

## EL INSTINTO Y LA ASTUCIA DEL BURRO

A la subida de Gónz, y cuando vamos a montar nuestros caballos, observamos un fenómeno curioso.

Los isenos que, sin duda, conocen el terreno mejor a guisa y que por hallarse destinados a estas montañas, se ven y hacen por salvar de un pueblo para otro, saben bien que para no caer en el pecado de muchos ignorantes, su prudencia de ellos, al dar cuenta de la pronunciada pendiente que tienen que subir cargados con nuestras personas, se han vuelto hacia atrás, comprendiendo una verdinosa carrera, que más bien es una falta vergonzosa a la hora del cumplimiento del deber.

Reinas estrepitosamente al parador del camino y lo estado de estos animales.

El burro es un animal inteligente que, según cuenta la historia y la leyenda, engañó al mismísimo diablo.

Dícese que, cuando diablo a elegir entre el asno y el caballo, los dos animales se disputaron la habilidad y de la inteligencia constantes del



**A** la subida de Caín, y cuando vamos a montar nuestras caba-  
llerías, observamos un fenómeno curiosísimo.

Los asnos que, sin duda, conocen el terreno palmo a palmo, y que por hallarse destinados a estos menesteres de traer y llevar personas de un pueblo para otro, saben latín, aunque para no caer en el pecado de muchos ignorantes, no presuman de ello, al darse cuenta de la pronunciada pendiente que tienen que subir cargados con nuestras personas, se han vuelto hacia atrás, emprendiendo una vertiginosa carrera, que más bien es una huída vergonzosa a la hora del cumplimiento del deber.

Reímos estrepitosamente al percatarnos del instinto y la astucia de estos animales.

El burro es un animal inteligentísimo que, según cuentan la historia y la leyenda, engañó al mismísimo diablo.

Dícese que, cuando dieron a elegir entre el asno y el caballo, aquél, prendado de la docilidad y de la mansedumbre aparentes del

asno, y desdeñando la noble arrogancia y la impetuosidad del bravo y fiel alazán, compañero inseparable del hombre, eligió el asno, con el cual se prometía muy felices aventuras, hasta que, montado que fué un día sobre él, y espoleándole más de la cuenta, el asno, dando un respingo y una voltereta, se arrojó de bruces al suelo, lanzándole a una respetable distancia y estrellándole contra las rocas...

Hemos ascendido hasta la cumbre de las laderas del Pando, y de regreso a Posada de Valdeón, vamos a entrar de nuevo en las peligrosas y profundas hoces o desfiladeros de Caín.

El sol, al caminar hacia su ocaso y refractarse sobre las finísimas aristas y dentado perfil de los Picos de Europa, proyecta, en línea recta, sobre el azul del cielo, grandes haces de luz que, al descomponerse, presentan toda la gama del espectro solar, con los siete colores del arco iris.

Son grandes bandas o fajas de luz de irisados y tornasolados colores, que parecen flotar sobre los altos picachos de las grandiosas peñas, dándonos la sensación de un vistoso sistema de pirotécnica multicolor o ruedas de serpentinas de los más diversos colores...

El espectáculo en esta hora divina del atardecer, bañada por los melancólicos tintes del crepúsculo vespertino, es sencillamente sublime y encantador.

El asno, como decimos anteriormente, es un animal inteligentísimo, cuyo instinto y astucia corren parejas con los de otros animales que gozan fama de astutos y pérfidos, tales como la zorra, el lince y el lobo.

Cuando el turista, montado sobre el asno, lleva a alguien a su derecha que le está hablando, el burro coloca su oreja —sólo su oreja derecha—, en posición horizontal, escuchando atentamente todo lo que dice el interlocutor de la derecha.

Cuando, por el contrario, el interlocutor se encuentra a la izquierda del turista, el burro, sin pestañear siquiera, coloca su oreja izquierda —sólo su oreja izquierda— en el mismo sentido o posición horizontal, sin perder una sola palabra de lo que dice el que camina a pie a su lado izquierdo.

Cuando son dos personas las que caminan a pie, una al lado derecho del turista y otra al izquierdo, ¡oh Minerva, diosa de la sabiduría, que inspiras al jumento!, el asno coloca las dos orejas en posición horizontal, para no perder una sola sílaba de la conversación de los dos caminantes.

Cuando el jinete es sólo quien habla ¡oh prodigio de inteligencia de estos animales!, el burro coloca sus dos orejas mirando hacia atrás, para que no se le escape ni una sola vez lo que dice el que va montado sobre él y le gobierna con sus riendas.

Cuando el burro, creyendo haber escuchado algún sonido grato a su oído, tal como el rozar de algún animal de su especie o el dulce murmullo del río que le permite mitigar su sed con las linfas de su clara corriente, o las voces de algún otro viajero que camina por distinto sendero, otea el horizonte, ¡oh maravilla del instinto y la astucia de los pollinos!, levanta su cabeza para escuchar mejor y coloca las dos orejas mirando hacia adelante, como si quisiera captar en sus grandes y enormes pabellones auriculares todo lo que ocurre o puede ocurrir en el frente que abarca su mirada.

Pero no es esto todo, amigos míos, sino que, cuando el burro, molestado excesivamente por la persona que cabalga sobre él, quiere acabar con la insufrible carga, ¡oh manes de todos los infiernos!, se arroja de bruces sobre el suelo y despide al jinete con cien mil pares de diablos a los espantables y profundos abismos.

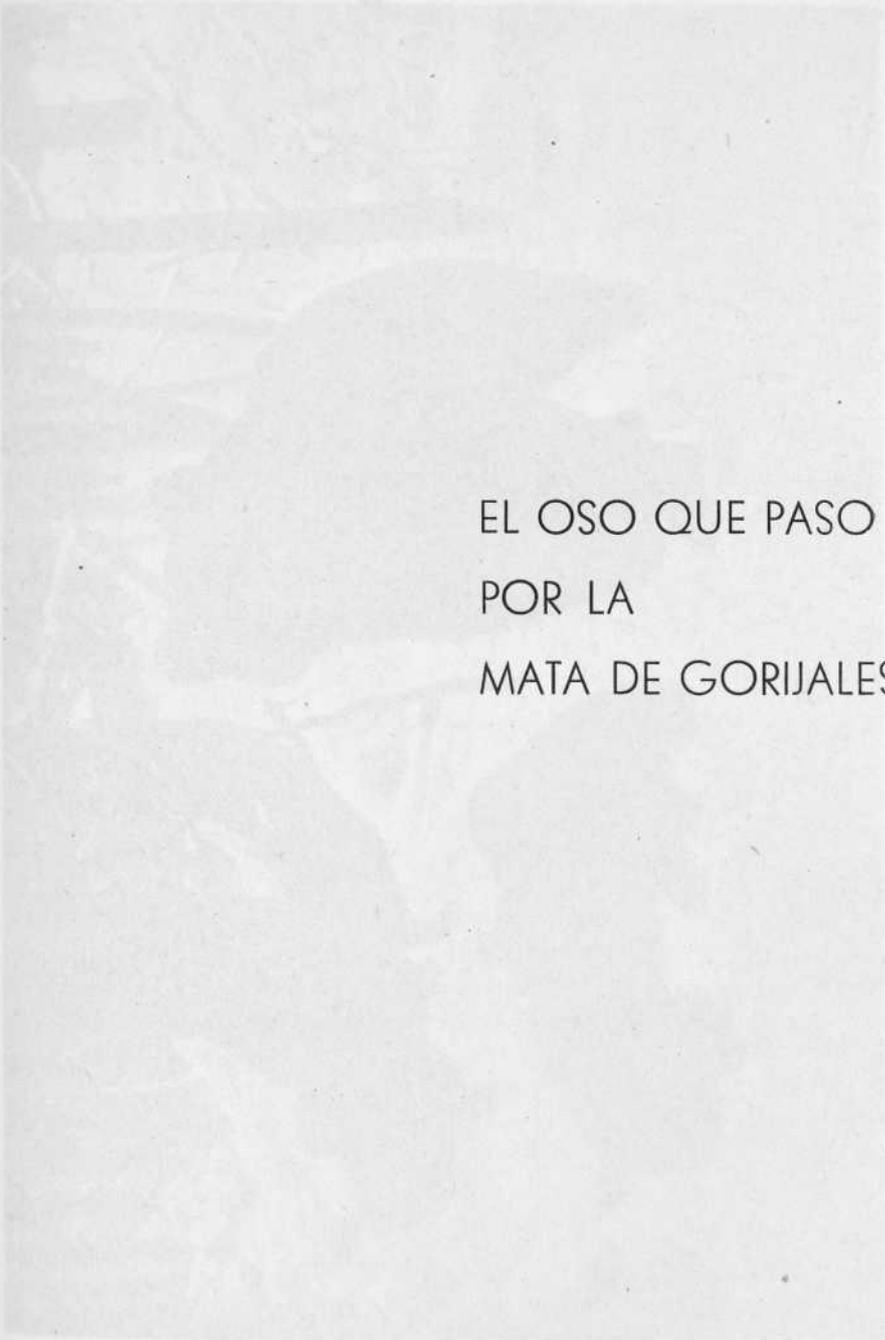
La psicología del burro, aparte este somero estudio y observación hechos cabalgando sobre él o caminando en su compañía, ofrece particularidades interesantes.

Una de ellas es que, cuando el turista montado sobre él le da la voz de ¡so!, el burro queda parado al instante, sin que haya el menor temor de que se mueva de su sitio por los siglos de los siglos, y cuando le da la voz de ¡arre! camina, sí, pero con paso lento y muy despacio, y si por andar demasiado despacio se le espolea muy violentamente, entonces, arrojándose de bruces sobre el suelo, despide al jinete a los mil quinientos infiernos...

En cambio, ¡oh indómita soberbia y astucia e instinto y desobediencia del burro!, cuando se apea el jinete, el burro emprende una precipitada fuga, sin que haya poder humano, ni voz de ¡arre! ni ¡so! que le detenga en su huída.

En resumen, el burro es, a nuestro juicio, muy inteligente.





EL OSO QUE PASO  
POR LA  
MATA DE GORIJALES





Oso pardo (*Ursus arctus*)



VAMOS atravesando a grupas de nuestros jumentos los pasos más difíciles y peligrosos de las hoces o desfiladeros de Caín, y aproximándonos a nuestro soñado pueblecito de Posada de Valdeón.

En los farallones de la sierra, en la garganta del Cares y en las alegres y risueñas campiñas que quizá no volvamos a contemplar jamás, van quedando prendidos todos los airones de nuestra fantasía y todos los mejores y más gratos recuerdos de nuestra vida.

Allí quedan las dulces expansiones de una mañana feliz y encantadora, clara y luminosa, encendida de sol, de luz y de color, de música sonora, y los recuerdos dichosos, imperecederos, imborrables, de una tarde ideal que nos hicieron soñar despiertos al arrullo del hada taciturna de la melancolía y de las canciones de los ríos y del rumor fragoroso de las montañas y de las blandas caricias del céfiro y de los cálidos y ardientes y apasionados besos del rubicundo sol y del murmullo delicioso de los solitarios bosques y de las rientes y risueñas y pintorescas campiñas.

Vamos dejando atrás el valle y río de la Peguera y el "chorco" de los lobos, y el bellissimo valle de Corona, con su hermosa y linda Virgencita, y el abrupto y pedregoso pueblecito de Cordiñanes, cuya áspera pendiente acabamos de coronar, y ya asoma por el horizonte, entre los tristes lutos de la misteriosa noche, a la luz de la blanca y pálida luna, cubierta a trechos por cárdenos cendales de alucinantes nubes, el humilde y poético camposanto de los cuatro pueblecitos que rodean la parroquia de Posada de Valdeón, con sus vetustos muros de piedra y sus cruces marmóreas que blanquean en la claridad espectral de la noche como sombras fantasmales y parecen señalarnos el final o término de nuestra jornada.

En un claro de bosque, bajo la luz de la luna, al pie de las estribaciones de los Picos de Europa, vemos moverse ahora un bulto que, por la lentitud de sus pesados movimientos, recuerda el paso cauteloso de los grandes plantígrados, de aquellos fuertes osos, de mirada humana que, en grandes manadas, poblaron estos lugares donde nos encontramos y aún vagan por las altas montañas de los Pirineos Cantábricos...

A su sola evocación, en el silencio augusto y misterioso de la noche, con Inocencio Marcos, el abuelo de Amado, el seminarista, nuestro guía, como el abuelo de los cuentos de la leyenda y de la fábula, comienza a narrarnos un episodio interesantísimo de su niñez, en que un oso grande y fuerte, como éste que cruza ahora por las estribaciones de la sierra, pasó por esta misma Mata de Corijales.

"Apenas tenía yo once años de edad —nos dice el abuelo de nuestra narración— cuando una tarde del mes de diciembre en que las nevadas habían comenzado a cubrir los valles y las montañas, hallándome en las majadas del macizo occidental, por bajo de Peña Santa de Enol, apacentando los rebaños de ovejas y de cabras que mis padres poseían, en Prada de Valdeón vi venir hacia mí, descendiendo de lo alto de la sierra, un gigantesco y pardo animal que balanceaba su enorme cabezota y avanzaba, lenta y pesadamente, a través de esta misma Mata de Corijales...

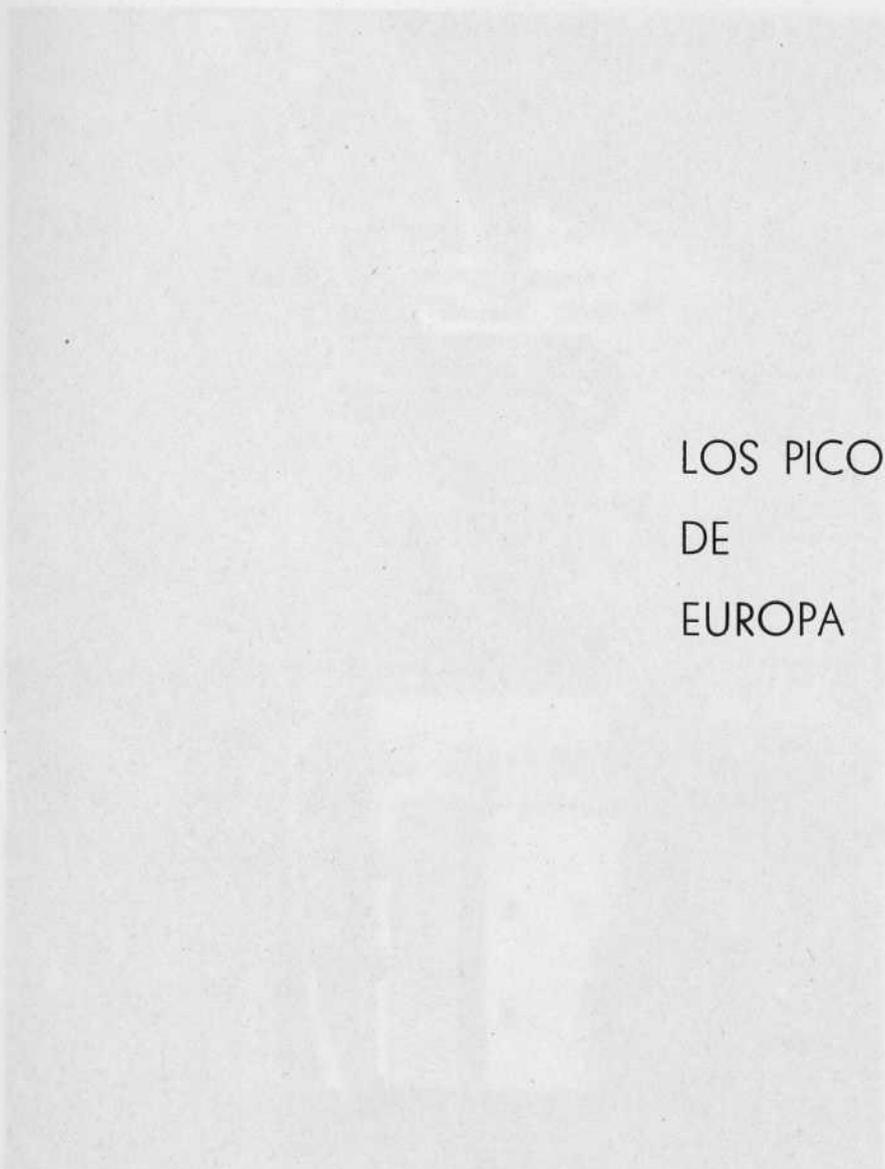
Aterrorizado ante la presencia de aquel corpulento animal, que yo no había visto nunca, comencé a gritar desesperadamente y corrí presuroso a un sembrado próximo, donde un grupo de mujeres, inclinadas sobre los arados que movían varias yuntas de perezosos bueyes, labraban los campos, hundiendo la encorvada reja en las entrañas de la piadosa tierra.

Cuando me vieron y oyeron, y yo les señalé con la mano el animal que causaba mi terror, las mujeres, asombradas, todas a coro comenzaron a gritar: "¡El oso, mira el oso...!"

Este, al escuchar las voces de las mujeres, se irguió sobre sus patas traseras, y contoneándose, galante y cortés, hizo una reverencia con la cabeza y siguió más aprisa de la que venía su camino entre las malezas del bosque, perdiéndose en las estribaciones de los Picos de Europa..."

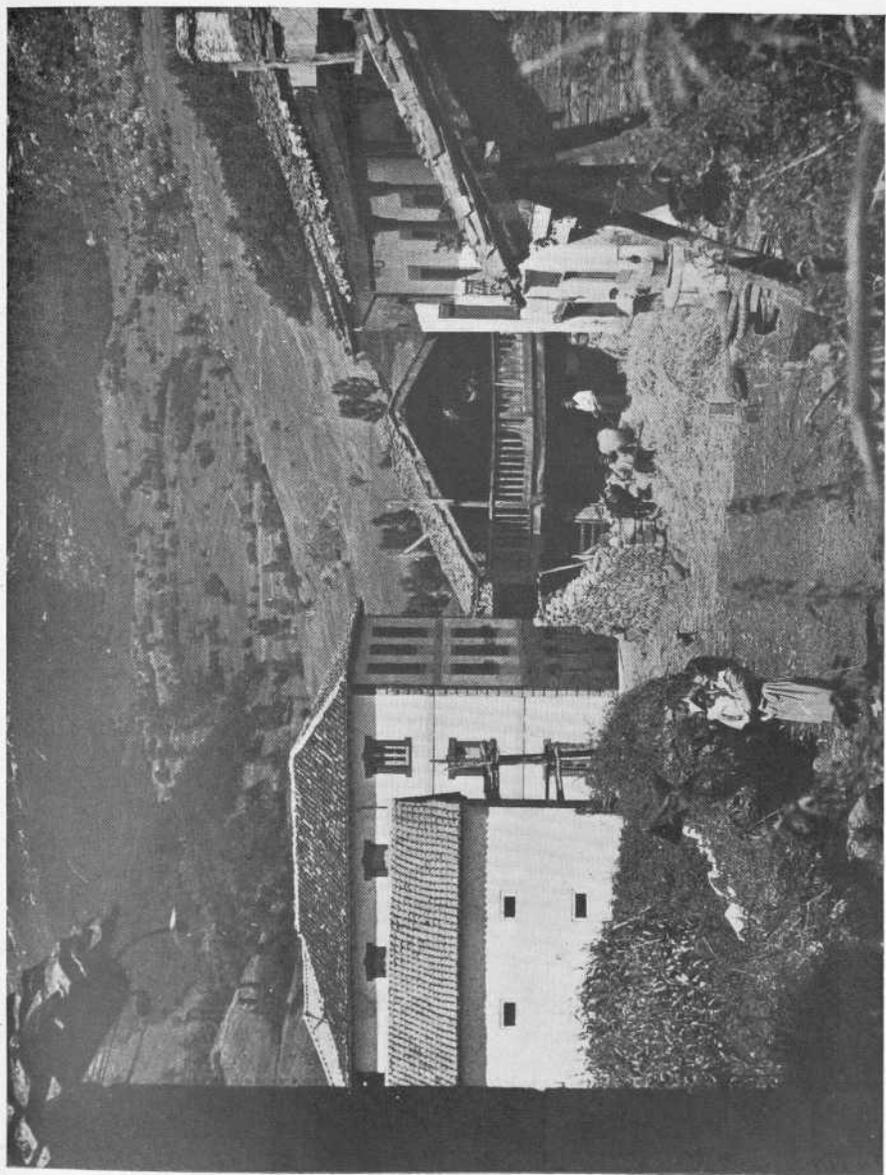
LOS PICOS  
DE  
EUROPA





LOS PICOS  
DE  
EUROPA





Posada de Valdeón.—Vista parcial del Hotel de D. Daniel Abascal





Oeste, desde la que se columbra Pico Cinto y el puerto de Pandetrave, y los montes de Piergua y un bellissimo y dilatado paisaje, dan a este estupendo y magnífico hotel, un emplazamiento envidiable, digno de ser visitado por todos los turistas del mundo.

Son los Picos o Peñas de Europa un grupo de ásperas y agudas rocas que forman parte de los Pirineos cántabro-asturianos, entre las provincias de Santander, Asturias y León, extendiéndose por los términos de Valdeón, Liébana, Cabrales y Cangas de Onís, terminando en el valle superior del río Sella.

Forman los Picos de Europa tres grandes macizos bien determinados: el Oriental o de Andara, comprendido entre los ríos Duje y Deva, en el que están las sierras y peñas llamadas Tabla de Lechugales, a 2.500 metros de altura sobre el nivel del mar, y a la misma altura, el Pico del Evangelista y Tiro de la Infanta, llamado así en recuerdo de haber cazado allí S. A. R. doña Isabel de Borbón, el año 1881.

El macizo central o de los Urrieles, comprendido entre los ríos Duje y Cares y en el que se encuentran las mayores alturas, como la Torre de Cerrado (2.642), Torre del Llambrión (2.639), Peña Vieja (2.624), Naranjo de Bulnes (2.517), Tiros del Rey (2.596), Torre de Novejuno (2.405), los Urrieles (2.450), los Horcados Rojos y sus cantones, las Moñas, los Boches, las Caramas y los Casares.

Y por último, el macizo occidental, comprendido entre los ríos Cares y Sella, en el que se encuentran Peña Santa de Enol (2.476), la Torre de Corrales (2.450), Horcada Blanca (2.350), Torre de Santa Bermeja (2.391) y Horca del Prado y Torres Blancas y Canal de la Ferrera y Canal del Perro.

Para visitar y admirar y escalar estas grandiosas cumbres que constituyen los Picos de Europa, hemos venido de los más apartados rincones y remotos lugares de la Península, un grupo de infatigables excursionistas que, en medio de la mayor animación y el más fervoroso entusiasmo, está haciendo de víspera todos los preparativos para la subida o "escalada" al "Refugio" de la Torre del Llambrión, en el macizo central...

Pronto los caminos que conducen al "Refugio" del collado Jermoso se verán animados por el alegre y divertido paso de la caravana de excursionistas que, a grupas de sus pacientes asnos, filosóficos y metafísicos, ascenderán hasta el lindo y pintoresco pueblecito de Santa Marina de Valdeón, donde Francisco Casado, encargado

del "Refugio", nos espera para servirnos de guía y ascender hasta las cumbres...

Sentimos un escalofrío de intensa emoción cuando pensamos que, sin tardar muchas horas, el espacio donde anidan las águilas será nuestro, y que desde aquellas alturas podremos contemplar el espectáculo más sublime que hombre alguno pudo disfrutar de la madre Naturaleza...

Cuando nos encaminamos a la cartería, que está a dos pasos de nuestro hotel, para preguntar si podemos echar una carta al buzón de Correos, la encargada de este servicio, que es una mujeruca amable y simpática que trilla en la era, nos sorprende al contestarnos afirmativamente, señalando con el índice el reloj de sol de la Peña del Porracho: "Miren ustedes, todavía tienen tiempo de echar las cartas al buzón si lo desean, porque ahora, exactamente, son las doce del mediodía en el reloj de sol de la Peña del Porracho..."



# EL RELOJ DE SOL DE LA PEÑA DE PORRACHO

El reloj de sol de la Peña de Porracho es un reloj de sol que se encuentra en la Peña de Porracho, en el municipio de Porracho, provincia de Castellón, España. Este reloj de sol es uno de los más antiguos que se conservan en España, y fue construido en el siglo XV. El reloj de sol está formado por una gran piedra que se encuentra en la Peña de Porracho, y que tiene una gran ranura que sirve como gnomon. El reloj de sol está orientado hacia el sur, y muestra las horas del día. El reloj de sol es un monumento histórico que se encuentra en la Peña de Porracho, y que es uno de los más antiguos que se conservan en España.

El reloj de sol de la Peña de Porracho es un reloj de sol que se encuentra en la Peña de Porracho, en el municipio de Porracho, provincia de Castellón, España. Este reloj de sol es uno de los más antiguos que se conservan en España, y fue construido en el siglo XV. El reloj de sol está formado por una gran piedra que se encuentra en la Peña de Porracho, y que tiene una gran ranura que sirve como gnomon. El reloj de sol está orientado hacia el sur, y muestra las horas del día. El reloj de sol es un monumento histórico que se encuentra en la Peña de Porracho, y que es uno de los más antiguos que se conservan en España.

El reloj de sol de la Peña de Porracho es un reloj de sol que se encuentra en la Peña de Porracho, en el municipio de Porracho, provincia de Castellón, España. Este reloj de sol es uno de los más antiguos que se conservan en España, y fue construido en el siglo XV. El reloj de sol está formado por una gran piedra que se encuentra en la Peña de Porracho, y que tiene una gran ranura que sirve como gnomon. El reloj de sol está orientado hacia el sur, y muestra las horas del día. El reloj de sol es un monumento histórico que se encuentra en la Peña de Porracho, y que es uno de los más antiguos que se conservan en España.

EL RELOJ DE SOL  
DE LA  
PENIA DE PORRACHO

LEVANTAMOS nuestros ojos al azul del mediodía y contemplamos, en efecto, en la oquedad que forma la Peña del Porracho en su parte más exterior que mira a la fachada principal de nuestro hotel, como adelantado del macizo central, el prodigio y la maravilla de un reloj solar que marca exactamente las doce horas del mediodía.

El sol, al refractarse sobre los relieves de las rocas, al mismo tiempo que ilumina esplendorosamente todo el macizo central, que refulge de luz en esta hora tibia y dorada de la hermosa mañana de estío, ha ido proyectando sobre la oquedad de la Peña, una sombra oscilante que, moviéndose de izquierda a derecha, cubre en este instante la depresión o concavidad de la montaña.

Nosotros hemos visto muchas clases y variedades de relojes que van, desde el reloj de agua, que consiste en un artificio para medir el tiempo por medio del agua que va cayendo de un vaso a otro, hasta el reloj de arena, que se compone de dos ampollitas unidas por el cuello que sirven para medir el tiempo por medio de la arena que va cayendo de una a otra.

También conocemos el reloj marino, que consiste en un cronómetro arreglado a la hora de un determinado meridiano y que sirve a los marinos, en la navegación de altura, para calcular las diferencias de longitud.

Habíamos incluso visto relojes de sol horizontales contruídos sobre placas pizarrosas, en las que, un estilo o gnomon, especie de punzón con el cual escribían los antiguos en tablas enceradas, es el encargado de arrojar sombra sobre la superficie del reloj, y aún más, habíamos visto determinar el acimut y altura del sol (llámase acimut al ángulo que con el meridiano forma el círculo vertical que pasa por un punto de la esfera celeste o Globo terráqueo), observando la dirección y longitud de la sombra proyectada por el estilo sobre el expresado círculo, pero lo que no habíamos visto nunca era este prodigio y maravilla del reloj de sol de la Peña del Porracho, en que los encargados de proyectar sombra sobre la oquedad de la roca, son los haces luminosos o rayos de luz.

Fué, sin duda, la Divina Providencia quien, velando por los sufridos moradores de estas comarcas montañosas, quiso obsequiarles con este magnífico regalo del reloj de sol de la Peña del Porracho, en el que parece imposible que no haya intervenido la mano del hombre, tal es su perfección y la maravilla de sus detalles, de los cuales ninguno ha escapado a la previsora sabiduría y divina inteligencia del Supremo Hacedor.

Salimos a dar un paseo por las inmediaciones de Posada de Valdeón y nos acercamos hasta Prada, donde sus pacíficos moradores, familias honradísimas de labradores leoneses, montados sobre los trillos, de los que tiran hermosos caballas y potros de preciosa lámina y parejas de bueyes cansinos y perezosos, se entregan a las faenas de separar de la paja el trigo que más tarde ha de llenar los hórreos y graneros.

Cuando más embelesados estamos contemplando las bellezas naturales de este lindo pueblecito por donde mañana, si Dios quiere, tendremos que pasar, para en una formidable "escalada" ascender hasta el "Refugio" del Collado Jermoso, y por donde balando dulcísicamente corren ahora los rebaños de cabras y ovejas que descienden de las verdes laderas, un criado del hotel, llegado de Posada, nos dice que es la hora del almuerzo y que el entusiasmo crece por momentos ante el anuncio de que mañana iniciaremos el ascenso y la subida al "Refugio", en la Torre del Llambrión...



Vista parcial del Valle de Valdeón y la Torre del Llambrión



LA SUBIDA AL "REFUGIO"  
EN LA  
TORRE DEL LLAMBRION



CUANDO despertamos por la mañana, casi al rayar el alba, la pequeña explanada que hay frente al hotel se llena de voces juveniles que tararean dulces canciones sentimentales alusivas a la montaña...

Todos los excursionistas hemos dormido bien, descansando a placer en los dulces y amorosos brazos de Morfeo...

Los metafísicos y filosóficos asnos, cargadas sus alforjas hasta los topes, con ese instinto y astucia en ellos característico, ladean insistentemente sus cabezas, mirando a todos lados para percatarse bien de lo que pasa a su alrededor, y sacuden sus orejas, rozando con esa alegría y desenfado típicos del pollino.

Don Mariano Papay, intachable caballero leonés y prototipo del verdadero amigo, siempre amable y cortés, afabilísimo y complaciente, es ahora quien parece el jefe y guía de nuestra excursión y, en medio de la general expectación, ordena el avance de la gentil tropilla o delicioso grupo de excursionistas.

Cuando salimos de Posada, la mañana que ha despertado en brazos de la aurora, se baña en los dulces rosicleres del amanecer, prendida y enamorada de los cálices de las flores, en los que tiemblan, cuajadas de transparente y mística pureza, las primeras gotas de rocío...

Nosotros, sintiéndonos alegres y felices, pronunciamos en alta voz las mismas palabras que el cronista árabe de Don Quijote y Sancho, Cide Hamete Benengeli, escribiera al pintar la primera salida del andante caballero: "La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo...".

Vamos ascendiendo por el camino vecinal que conduce al pueblo de Santa Marina, y al pasar por Prada de Valdeón, este lindo y pintoresco pueblecillo, que aún duerme, se nos antoja como un dulce y tierno paisaje idílico de nuestra niñez.

Nos acordamos de un noble y patriarcal anciano, que vive aquí, muy querido amigo nuestro, a quien la víspera de nuestra subida, visitamos en la blanca casita de escudo blasonado que posee al borde del camino, y cuya edad frisa en los ochenta y dos años. Este gran señor, a quien recordaremos siempre mientras vivamos con mucho cariño, es don Martín de la Cuesta.

Al pasar por Santa Marina de Valdeón, don Francisco Casado, encargado del "Refugio", que ya nos está esperando, nos dice que la "escalada" ha de ser a pie, como acostumbran a hacerlo los valerosos alpinistas, y que, por lo tanto, debemos dejar nuestras caballerías en este pueblo.

El Collado de Jermoso está enclavado en el macizo central de los Picos de Europa, al pie de las estribaciones de la Torre de Llambrión, que es el punto más elevado de los Picos, y el autor del plano del mencionado "Refugio" es don Julián Delgado Ubeda, presidente y arquitecto de la Federación Española de Montañismo.

Pecaríamos de injustos si, al elogiar merecidamente al autor del plano del mencionado "Refugio", no lo hiciéramos, de la misma suerte, con don Diego Mella Alfageme, intachable caballero leonés, conocidísimo y muy estimado industrial de esta plaza, y entusiasta montañero, que tan generosa y altruístamente ha cooperado y contribuido a la construcción del "Refugio" en el Collado de Jermoso.

Iniciamos la "escalada" a la Torre del Llambrión, que está jus-

tamente a 2.639 metros de altura sobre el nivel del mar, animados del mayor entusiasmo, con verdadera fe y siguiendo esa táctica acostumbrada en las grandes carreras ciclistas o pedestres, donde el corredor hábil y experimentado comienza la marcha despacio, lentamente, es decir, con paso de "viejo", para poder llegar a la meta con los arrestos y bríos moceriles de la juventud.

Trepamos ahora por una senda que parte de Santa Marina de Valdeón, a cuyo término se halla el puerto de Remoña, desde donde contemplamos uno de los más bellos y espléndidos panoramas que hombre alguno pudo imaginar, y donde se ofrecen al observador las más risueñas y dilatadas perspectivas.

Sólo un mágico y prodigioso pincel, de celebrado y genial artista, o la sublime lira de un poeta inspiradísimo, enamorado de la extraordinaria hermosura que ostentan estos serenos y tranquilos valles; de la profunda soledad sonora y del poético y recogido silencio, de cristal, que se enseñorean de los cielos y de la tierra, y cuya infinita belleza es inenarrable, pueden darnos una cabal idea del maravilloso escenario que, como un pálido reflejo de la majestuosa grandeza del Criador, se expande ante nuestra atónita mirada y se tiende a nuestros pies.

Ríos deliciosos y verdes y jugosos prados y altísimas y enhiestas montañas, sembradas a voleo, por doquier, esmaltan la superficie de la tierra sobresaliendo y destacando, aquí; ora el primoroso detalle de un lindo y blanco caserío, o la espadaña de una ermita, o la silueta de una rústica cruz que, en el azul luminoso del cielo, dibuja la torre de un bello campanario; ora allí, como un tierno paisaje de nuestra niñez, el tono verde oscuro de un bosque de pinos recostado sobre la suave ladera de una colina o la falda de una montaña; ora, en fin, acullá, en la lejanía de un horizonte infinito, las ondulaciones de la Cordillera Pirenaica, con sus gigantescas moles y sus profundos abismos y sus desfiladeros impresionantes, que se perfilan sobre el fondo azul violeta y cobalto del lejano mar...

A la manera de un vasto y colosal anfiteatro o un gigantesco escenario que prolongase su base o área de superficie hasta los confines remotos del mar, hasta el horizonte sensible, sin más limitaciones que aquellas que nacen del alcance y acomodación de nuestro aparato de la visión, ayudado de nuestros prismáticos, se tiende a nuestros pies la ancha y espaciosa faz de la tierra, con sus deslumbrantes llanadas tapizadas por un pomposo manto de verdura

esmaltadas de gayas flores y su estupendo relieve orográfico y sus maravillosos campos en plena madurez de flores y de frutos y de ubérrimas cosechas salpicadas de blancos caseríos y la profusión de numerosos pueblos y aldeas entre las que descuellan y se ostentan, por encima de los rojos tejados, las torres de las iglesias y los sencillos campanarios y los rústicos puentes y agrestes valles y las carreteras polvorientas, cual un divino paisaje enmarcado por el azul purísimo de los cielos y animado por una polifonía de bronces que es como un himno o cántico gozoso de gloria y alabanza que las criaturas todas entonan postradas de hinojos ante la próspera bondad del Criador.

Ante nuestra mirada atónita desfilan ahora los bellísimos y encantadores pueblos de la Liébana, dormidos bajo el cendal de las nubes y arrullados por las mágicas canciones de los ríos.

Los Picos de Europa aparecen ahora ante nuestros ojos asombrados, mostrándonos todo el tesoro de su belleza incomparable y la filigrana de sus agudos y dentados perfiles, y la luminosa y maravillosa crestería de sus encajes de piedra, que se enhebran en los albos vellones de las nubes, con ese sutil y divino arte que ponen en todos los seres y las cosas los dedos invisibles del Criador cuando engastan en ellos las perlas preciosas de su Corona...

Nuestro asombro y admiración suben de punto cuando, al dirigir nuestra mirada a través de las verdes laderas de una hermosa y pintoresca vega, que se abre, casi a nuestros pies, entre los riscos y peñascos de estas abruptas y escarpadas montañas, contemplamos un pequeño rebaño de ágiles rebecos, que, asustados de nuestra presencia, nos miran con ojos grandes, melancólicos y relucientes, al mismo tiempo que emprenden precipitada carrera para ocultarse de nosotros y refugiarse detrás de una enorme y gigantesca roca...

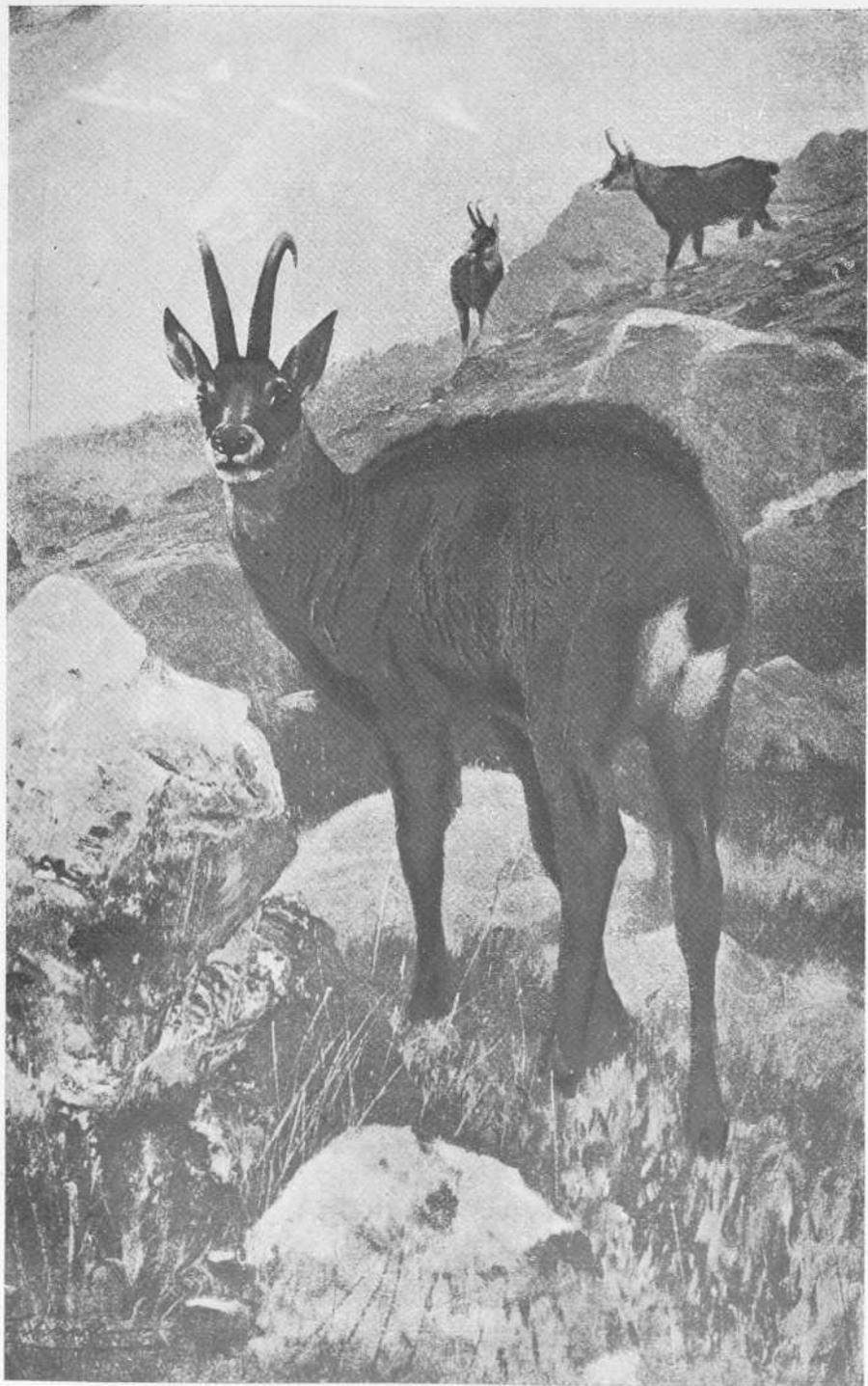
Es la vega o valle de Liordes, donde la cabra rupestre (rupicabra hispánica de los Pirineos Cantábricos), conocida vulgarmente con el bello y poético nombre de gamuza o rebeco, vive lejos de la persecución y la mirada inquisitorial del hombre, en plena sierra salvaje, sin más amparo que la suma bondad del Divino Hacedor, y aquel que le brinda, con la tierna y jugosa hierba de sus prados y las aguas de sus transparentes y frescos arroyuelos y la alegría purísima de sus dulcísimos y serenos lagos, la madre Naturaleza...

REBECOS  
EN EL  
VALLE DE LIORDES

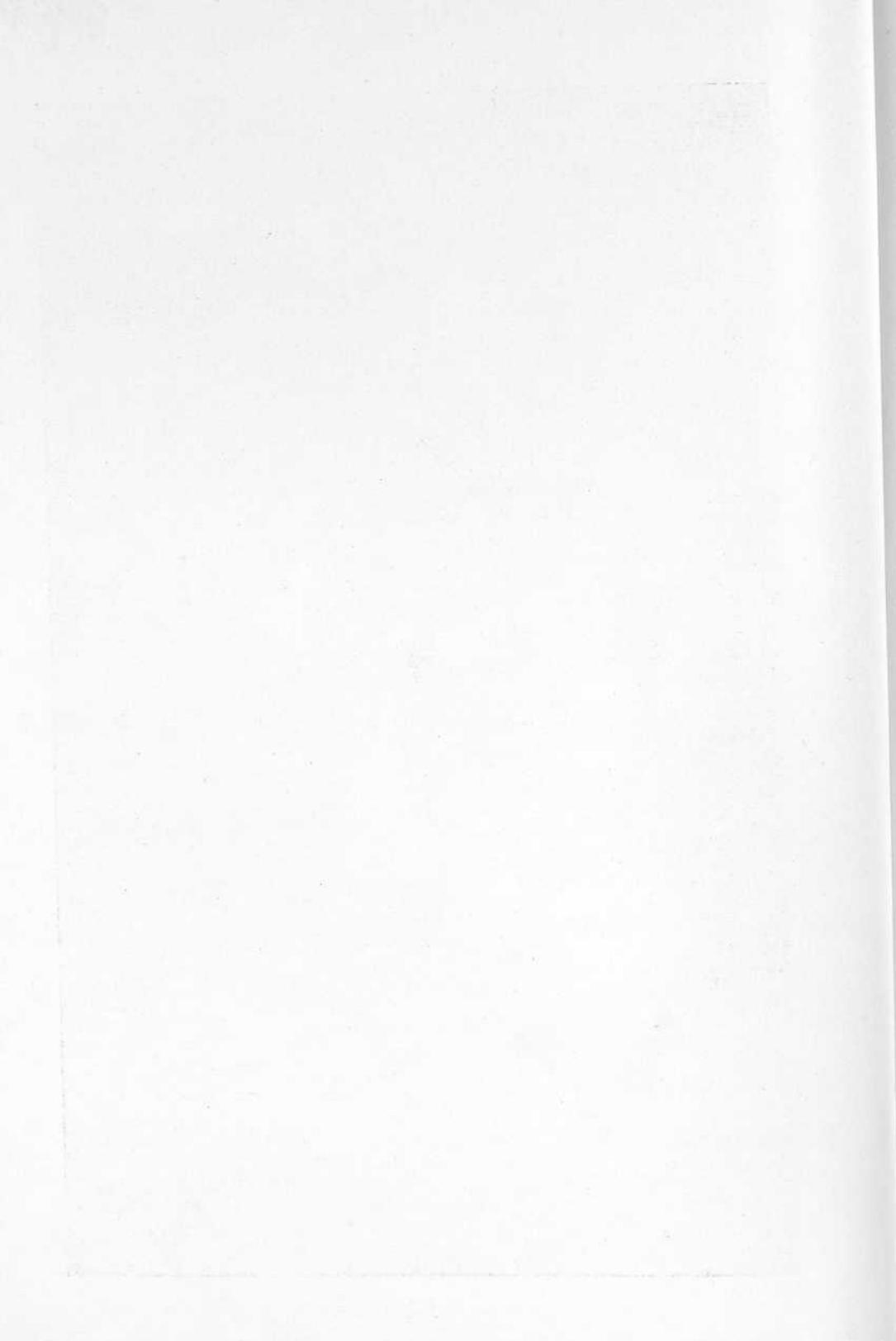
REBECOS

EN EL

VALLE DE LORDES



Gamuza. (*Rupicapra tragus*)



**S**ON las gamuzas o rebecos, antilopes, ágiles y velocísimos, que viven en las alturas escarpadas de las gigantes montañas, y que forman pequeños rebaños en los cuales parece ser jefe un macho viejo, que al menor asomo de peligro emite un grito ronco, a cuya señal huyen todos con singular agilidad por las cornisas de las rocas, deslizándose por los glaciares y saltando de peña en peña, salvando a veces espacios de 6 ó 7 metros.

Su tamaño es el de una cabra doméstica y su pelaje, rojo claro en verano, presenta unas bandas oscuras, a lo largos de ambos lados del cuello, durante el invierno.

Sus cuernos, delgados, rugosos, en su nacimiento, y lisos en sus puntas, negros, muy próximos entre sí, se hallan implantados verticalmente con respecto al plano de la base del cráneo y bruscamente encorvados hacia atrás en forma de gancho.

Estos simpáticos animales salvajes, antilopes de preciosa estampa, se cruzan a veces con las cabras domésticas en las majadas de las

altas sierras, como ocurrió, hace muchos años, en Caín, y tienen hijos con los caracteres mixtos de ambas razas.

No hace todavía cincuenta años, se podía libremente cazar, siendo su carne y su piel muy estimada por los habitantes de las comarcas en que se crían estos animales, hasta que una ley de 1905, promulgada en el mes de Septiembre, vino a anular este derecho de la caza. Se nombraron cuatro guardas jurados para su vigilancia, en Sotres, Bulnes, Espinamá y Caín, cuyos términos jurisdiccionales marcan los límites del coto.

Sin que todavía hayamos salido de nuestro asombro, contemplamos ahora en el valle de Liordes rebaños de cabras, ovejas, vacas y terneros, que pastan, tranquila y apaciblemente, sin pastor que los guarde, entregados alegre y confiadamente a la soledad de estas montañas y sierras, que les sirven de aprisco durante el día, y de seguro refugio durante la noche.

Indudablemente, el poeta, cuando, refiriéndose a la vida del campo y de la soledad de las altas sierras, escribió sus famosos versos alejandrinos:

“La vida verdadera, la que al placer convida,  
es la que se consume lejos de la pasión;  
en solitaria sierra, hacia el espacio erguida  
y de los libres vientos al perdurable son...”

supo interpretar este delicado y bello sentimiento de la soledad de las cumbres, donde el hombre olvida sus dolores y el alma, henchida de supremo gozo y extraordinaria belleza y hermosura, se siente más cerca de Dios...

Va creciendo nuestra admiración al pasar por el Sedo de la Padierna, donde pequeños, azules y cristalinos lagos; ibones maravillosos que causa el deshielo, y que tienen, como único lecho, las concavidades de las rocas, brillan al sol con esa cándida y prístina pureza que se refleja en las cerúleas y tornasoladas irisaciones de sus tranquilas aguas, cuando, el rubicundo Apolo, desde su carro de luz, los acaricia y toca con sus sutiles dedos...

Las colladinas, ahora, con sus coquetones y ásperos riscos, y su eterna y profunda melancolía —la melancolía, han dicho los poe-

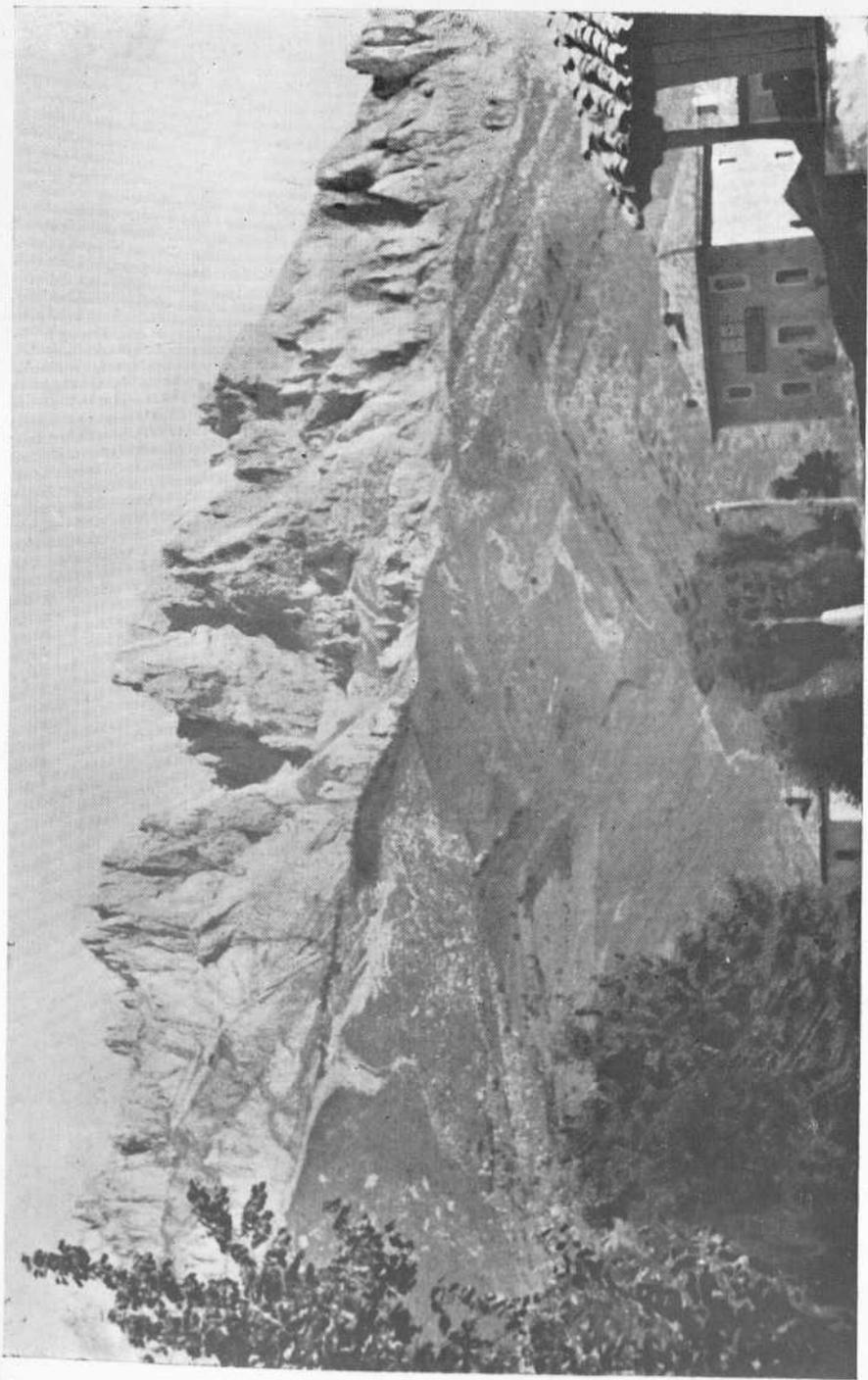
tas, es el placer de estar triste—, con su gesto adusto y severo, nos invitan a continuar nuestro camino hacia el "Refugio" de la Torre del Llambrión, en el Collado Jermoso, que se alza en la lejanía como una meta ansiada por el turista, y como la suprema aspiración de este grupo de entusiastas montañeros, de valerosos alpinistas, que en medio de un alegre y estrepitoso "¡Hurra!", hace su entrada triunfal en el más bello, espléndido y elevado refugio de los Picos de Europa...

EN LAS CUMBRES  
DE LOS  
PICOS DE EUROPA









Peña Santa, vista desde el campo de la iglesia de Posada



La acogida que nos dispensan en el "Refugio" del Collado Jermoso los encargados de cuidar y conservar este grato y confortable lugar, desde donde, con un mínimo esfuerzo, podemos ascender a los picos más altos de la Torre del Llambrión, no puede ser más cariñosa ni nuestro recibimiento más entusiasta, cordial y halagador.

Satisfechas las exigencias de nuestros estómagos y después de haber conversado, en amenas y deliciosas charlas, divertidas y alegres, vamos saliendo del "Refugio" para situarnos en los puntos más estratégicos de los Picos de Europa y contemplar a nuestro sabor las altas cimas y los espléndidos panoramas que se disfrutan desde estas inconmensurables alturas...

Cuando se mira desde una altura, como ésta en que nos encontramos, y con los prismáticos aplicados sobre los ojos, dirige una la vista hacia la extensión inmensa, hacia los confines dilatados,

donde el relieve orográfico de nuestras montañas se acusa tan limpia y nítidamente, lo primero que el observador recuerda es el origen del nombre de Picos de Europa.

Denomínaseles así a estos Picos, desde hace siglos, en virtud de una costumbre establecida por los navegantes, que procedentes de América, la primera tierra que divisaban, al llegar con rumbo a los puertos del Cantábrico, eran estos soberbios y giganteschos picachos.

Nosotros sentimos una profunda e intensa emoción al contemplar, en lontananza, el mar, con sus cerúleas y coruscantes aguas que se extienden en forma de una inmensa sábana azulada hasta los más remotos confines del Universo.

¡El mar de Asturias y de Galicia y de Vizcaya, y de Cantabria entera, que nos habla de las grandes proezas de sus navegantes, y de los periplos de circunnavegación del Planeta, que hicieron grande a España, cuando no se ponía el sol en sus dominios y cuando su glorioso nombre resonaba de un Polo a otro Polo...!

Nos sentimos estremecidos de honda y santa emoción al contemplar los infinitos pueblos que se pierden ante nuestra mirada en las angosturas de los valles y de los profundos abismos y de las rientes vegas que nos muestran, encendidas de sol y deslumbrantes de hermosura, toda la mágica y sorprendente belleza que se encierra en sus divinos y paradisíacos rincones, cargados de leyenda, abrumados de historia y colmados de santas y puras tradiciones.

El "relieve de la mi tierra", contemplado desde la altura de la Torre del Llambrión, es ahora algo grandioso, sublime, que llena de infinita alegría el corazón, de suprema y santa emoción el alma, de intensa y esplendorosa felicidad la vida entera.

La sierra, altiva y bravía, canta la grandeza de Dios, y a este himno sublime y grandioso se suman los cielos, y la Naturaleza toda, estremecida de amor y de dolor, levantada, en sus cumbres, como una oración gigante que rinde tributo de gratitud emocionada al Creador.

Peña Santa de Enol es, en este maravilloso concierto de las voces de la Naturaleza, el primer gigante que cabalga a grupas de la cordillera Cantábrica, como adelantado de la fe inmovible de España, en el macizo occidental, que ahora se alza ante nuestros ojos, con su frente cana y su ceño cejijunto, para entonar, con la estrofa caliente de su sagrada piedra, el primer cántico de ado-

ración y de homenaje a la suprema majestad del Cielo, y al Dios de todos los amores, y a su divino Hijo, Jesucristo Rey...

Dios está aquí, en la áspera y brava soledad de estos riscos inaccesibles para el hombre, y en la profundidad de sus abismos y en las gargantas de los ríos y en la sublime grandiosidad de sus montañas y en la riente frescura de sus valles y en la armoniosa voz de sus bosques, donde se arrullan las palomas, y en el acento metálico de las campanas de bronce de las torres de las iglesias y en el místico campanil de la espadaña de la ermita que invita a los labradores leoneses, en la caída de la tarde, a la oración del Angelus...

Dios está en todas partes y a una sola voz suya, de mando, se derrumbarían con estrépito las montañas y cordilleras, y se dislocarían los pueblos y las ciudades, y se anegarían, con el desbordamiento de los ríos, los valles, y temblaría y se estremecería de espanto el Universo, y todo cuanto existe sobre la tierra, y aun la misma tierra, roto el equilibrio de su eje y desplazadas sus ingentes y colosales masas, volvería al caos, de donde, un día, en la primera mañana del mundo, luminosa y encendida con los bellos arreboles del sol, nacarada y traslúcida, ruborosa de verse tan joven y hermosa, recién nacida, la separó Dios de las aguas para crear al hombre y darnos, como un segundo Paraíso perdido por nuestra pecado de desobediencia y ambición, esta estupenda y asombrosa maravilla de la tierra de promisión que hoy, por permisión de la Divina Providencia, contemplamos desde la torre del Llambrión, en los sublimes y gigantescos Picos de Europa.

La soledad de las cumbres es asoladora para el espíritu humano, que se siente empequeñecido ante la soberana y colosal grandeza de la Creación.

Pero también es consoladora, porque nos habla, con el poeta, muy íntimamente, al corazón, para decirnos que no solamente estamos hechos de barro, sino que también tenemos algo de Dios...

¡Quiero vivir! A Dios voy  
y a Dios no se va muriendo,  
se va al oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.  
De luz y de sombras soy  
y quiero darme a las dos.  
¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

Nuestra emoción crece más y más al contemplar, ahora, en los glaciares del Hoyo Grande, donde las nieves perpetuas coronan de impoluta e inmarcesible blancura los farallones de la sierra, y los ibones resplandecen al sol, con las tornasoladas irisaciones de sus cristalinas y transparentes aguas, un lindo y primoroso rebaño de rebecos, que permanecen tranquilamente acostados, en una rumia sosegada del alimento pastado.

Las montañas cántabro-leonesas, y la inmensidad del espacio azul, y los bellos y deliciosos pueblos de Valdeón, siguen cantando en nuestros oídos la canción armoniosa de sus rientes campiñas y sus rumorosos ríos y sus numerosos y blancos rebaños, que cabalgan sobre los cipos y los travesaños de los hórreos y graneros que hay junto a las portaladas, donde las mujeres ordeñan las rojas y negras cabras, y los cabritillos correteando y jugando, saltando y brincando, de un lado para otro, balan dulcísicamente, y son, en la paz y serenidad de la campesina aldea, como una nota musical y alada o una estampa bíblica y paradisíaca que, con el recuerdo de la Suiza, eternamente verde, poblada de dulces canciones y de misteriosas fábulas y leyendas, traieran a nuestra mente y corazón los eglógicos acentos y las arcanas cadencias de la tragedia antigua en el poema pastoril.

Nos estamos llenando de eternidad.

De una eternidad en la que el sol, trasponiendo las lejanas montañas, y dejando filtrar sus postreros trazos de luz a través de los altos crestones de la sierra, reflejos dorados que ahora se tornan de un bello color encarnado, sangriento, carmesí, tiñe de rojo escarlata las cumbres y los valles, como una enorme rosa roja más

que, ruborosa y encendida, quisiera asociarse a la alegría un poco triste y melancólica de esta hora del atardecer...

De las lejanas majadas, donde los pastores apacientan sus rebaños, y de los dulces valles donde la luna besa con su luz de plata los blancos casales, y donde las mozas vaqueras sueñan con el amor, nos llega el eco acariciador de una bella y dulcísima canción montañesa:

He nacido en la montaña  
y vivir en ella quiero,  
que corre el aire más puro  
y se está cerca del cielo...

### León y Septiembre de 1947.

Del mitología al que leyre	1
I. Nuestra salida de León	2
II. La llegada a Riaño	15
III. En el Puerto del Portón	21
IV. El rama del gallo y los "malencinos y braveros" de la zona	25
V. En la pradera de Huelmo	33
VI. El collado Salera	39
VII. La compra de Pinedarriba y el "villero" de los curros	45
VIII. Collavilla y Soto de Valcarlos	49
IX. Posada y Prada de Valcarlos	53
X. La marcha hacia León	61
XI. La Virgen de la Caridad	67
XII. Pájaros en el charco	71
XIII. La caridad en el río	75
XIV. El río de la Rivera y sus alrededores	85
XV. Un valero en el alamo y las nocas de León	91
XVI. Con la noche en el fondo del valle	95
XVII. La fuente de la roca — 171 — Jotas del fondo	100



# I N D I C E

	Páginas
Del prologuista al que leyere . . . . .	5
I. Nuestra salida de León . . . . .	9
II. La llegada a Riaño . . . . .	15
III. En el Puerto del Pontón . . . . .	21
IV. El canto del gallo y las "melecinas y brevajes" de la bruja . . . . .	27
V. En la pradería de Llavaris . . . . .	33
VI. El collado Solano . . . . .	39
VII. La campera de Panderruedas y "la fuentina de los carros" . . . . .	43
VIII. Caldevilla y Soto de Valdeón . . . . .	49
IX. Posada y Prada de Valdeón . . . . .	55
X. La marcha hacia Caín . . . . .	61
XI. La Virgen de la Corona . . . . .	67
XII. Lobos en el "chorco" . . . . .	73
XIII. La canción del río Cares . . . . .	79
XIV. El río de la Peguera y sus cristalinas fuentes . . . . .	85
XV. Un puente en el abismo y las hoces de Caín . . . . .	91
XVI. Caín aparece en el fondo del valle . . . . .	97
XVII. La fuente de la Jarda en las laderas del Pando . . . . .	103

XVIII. El almuerzo junto al molino de Caín . . . . . 109

XIX. El salto de agua en la roca viva de las Montañas de Caín 115

XX. El puente colgante que empavoreció el ánimo de los excursionistas . . . . . 121

XXI. La maravilla del puente de Bolín . . . . . 125

XXII. El instinto y la astucia del burro . . . . . 131

XXIII. El oso que pasó por la mata de Corijales . . . . . 137

XXIV. Los Picos de Europa . . . . . 143

XXV. El reloj de sol de la peña del Porracho . . . . . 149

XXVI. La subida al "Refugio", en la Torre del Llambrión. . 153

XXVII. Rebecos en el valle de Liordes . . . . . 159

XXVIII. En las cumbres de los Picos de Europa . . . . . 165

## I N D I C E D E G R A B A D O S

Los Picos de Europa en Valdeón . . . . . 4-5

La Catedral de León . . . . . 10-11

Prada.—Un hórreo con carros del país debajo 56-57

El lobo acosado ante las empalizadas . . . . . 74-75

Los cazadores y el lobo cazado en El Chorco . . . . . 76-77

El Chorco.—Trampa para cazar lobos . . . . . 78-79

La Hoz.—Camino de Caín (Posada de Valdeón) . . . . . 92-93

Caín visto desde El Pando . . . . . 98-99

El Puente, antes de llegar a Caín . . . . . 104-105

Oso pardo (**Ursus arctus**) . . . . . 138-139

Posada de Valdeón.—Vista parcial del Hotel . . . . . 144-145

Vista del Valle de Valdeón y la Torre del Llambrión. . 152-153

Gamuza (**Rupicapra tragus**) . . . . . 160-161

Peña Santa, vista desde Posada . . . . . 166-167

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EL DIA XXVI DE MAYO DE MCMXLVIII,  
VISPERA DE LA FESTIVIDAD DEL  
CORPUS CHRISTI, EN LOS TALLE-  
RES GRAFICOS DE LA «EDITO-  
RIAL VIZCAINA» DE BILBAO.

---

LAUS DEO

---









LA EDITORIAL VIZCAINA

HENAO, 8 - TELEFONO 14.790

B I L B A O

Precio del ejemplar: **30** Ptas.

1948

UNWA EXCURSION

LA LOS

PICOS

DE

FERRO

Y

LA

UNWA

EXCURSION

LA LOS

IGNACIO

MARIA

DE LASA